



# EL MISTERIO DE LA ÚLTIMA BOTELLA

UN HORRIBLE SUEÑO QUE PUEDE HACERSE REALIDAD

**ALEJANDRO ROCCA**

EL MISTERIO DE LA  
ÚLTIMA BOTELLA 

Alejandro Rocca

# ÍNDICE

<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>	<a href="#"><u>1</u></a>
<a href="#"><u>LA HISTORIA DEL INICIO</u></a>	<a href="#"><u>2</u></a>
<a href="#"><u>RECUERDOS</u></a>	<a href="#"><u>7</u></a>
<a href="#"><u>DESPUÉS DEL FUNERAL</u></a>	<a href="#"><u>13</u></a>
<a href="#"><u>PRISIONERO POR VOLUNTAD PROPIA</u></a>	<a href="#"><u>19</u></a>
<a href="#"><u>EN EL HOSPITAL</u></a>	<a href="#"><u>37</u></a>
<a href="#"><u>EL ASUNTO RODAS</u></a>	<a href="#"><u>43</u></a>
<a href="#"><u>BUENAS NOTICIAS</u></a>	<a href="#"><u>52</u></a>
<a href="#"><u>LA VUELTA AL HOGAR</u></a>	<a href="#"><u>55</u></a>
<a href="#"><u>EL FINAL DE TODO</u></a>	<a href="#"><u>60</u></a>
<a href="#"><u>EPÍLOGO</u></a>	<a href="#"><u>63</u></a>

## PRÓLOGO

Al escuchar cómo alcanza la tragedia a otras personas solemos tomarlo con curiosidad más que con empatía. El escándalo y el horror de otras personas se convierten en una especie de entretenimiento morboso. Los más sensibles sienten algo de lástima al ver las malas noticias, para rápidamente olvidarlo y volver a su vida normal. La naturaleza entera reacciona siempre con cruel indiferencia ante la desgracia ajena, y la humanidad no es la excepción.

Hay gente alrededor de todo el mundo viviendo en infiernos inimaginables, encerrados en una vida de dolor y sufrimiento constantes, al que se suma el conocimiento de que no hay nadie allá afuera a quien le importe un bledo. La desesperanza consume poco a poco toda emoción, todo deseo de vivir, hasta que finalmente ya no queda nada más que el cascarón de lo que solía ser una persona.

Peor aún es vivir la tragedia dentro de uno mismo, sin que nadie se dé cuenta, sin que nadie más que tú sepa de tu suplicio. Estas tragedias ni siquiera despiertan simpatía, pues son invisibles. La gente te toma por exagerado o por loco. No hay soledad más terrible y desoladora que la que se vive rodeado de personas queridas.

Es solamente cuando nosotros sufrimos que nos damos cuenta de esta realidad. Inmediatamente entendemos la gran injusticia de la vida y presenciamos en primera persona como el destino elige a unos cuantos para ser desgraciados. Entonces, y solo entonces, comprendemos que las tragedias no son motivo de risa. Al menos así fue para mí...

## LA HISTORIA DEL INICIO

Me levanté agitado en mitad de la noche, empapado en mi sudor. Tenía la boca seca y la lengua se me pegaba al paladar. Acababa de tener la pesadilla más espantosa de toda mi vida. Volteé a verla y de inmediato me calmé un poco. Ahí estaba ella, tan hermosa como siempre. Desde el primer momento que la vi me ha tenido bajo su hechizo. No sé qué haría sin ella. Especialmente después de todo lo que pasó.

Miré el reloj, no eran ni las tres de la madrugada. Todavía estaba alterado por el sueño. Me senté en la cama y me quedé viendo a la pared un buen rato, luchando por controlar mi respiración. Bajé a la cocina por un poco de agua. Caminar resultaba una tarea difícil. Estaba completamente extenuado sin entender por qué. Al entrar a la cocina decidí que me hacía falta algo un poco más fuerte que el agua. Abrí una botella de buen vino y llené una copa hasta los bordes. La vacié rápidamente y repetí el procedimiento hasta que no quedó ni una gota.

Me recosté en el sillón de la sala, ya comenzando a sentir los efectos del alcohol. El miedo y la inquietud dieron paso rápidamente al sopor y la calma. El vino en mis venas sirvió de anestesia para mi torturada mente. Mis pensamientos se alejaron de toda la miseria de los últimos meses, aunque fuera por un momento. Mis ojos se acostumbraron rápidamente a la luz nocturna y comencé a observar toda la sala con detenimiento. Los sillones ya estaban viejos y desgastados, hacía falta pintura en las paredes y en el techo, el librero de cedro se veía maltratado y desordenado, la alfombra tenía manchas en todas partes. ¿Qué manera de vivir era aquella? Había que hacer algo con todo ese desastre. Ahora que ya estaba mejor era momento de atacar esos problemas.

“Mañana mismo empiezo.” me dije a mí mismo

A punto estaba de levantarme para volver a la cama, cuando me fijé en el cuadro que teníamos encima de la chimenea. Era el retrato de un tío abuelo de mi madre. Estaba vestido con traje militar. Según me había contado mi madre, había sido un buen oficial en el ejército hasta la dictadura de Franco, cuando tuvo la mala ocurrencia de oponerse terminantemente a la ejecución de tres inocentes y fue fusilado junto con ellos.

Nunca me había gustado particularmente, pero lo conservaba con mucho cariño como un recuerdo de mi querida madre, que había fallecido hacía un par de años por culpa de una pulmonía que

complicó su leucemia. Al dármele como regalo, me dijo que lo pusiera en un lugar importante en mi casa y que el espíritu de ese tío desconocido me cuidaría siempre. Una extraña historia para un extraño cuadro.

Mi mujer nunca estuvo de acuerdo en colgar el cuadro de un perfecto desconocido arriba de la chimenea, pero finalmente accedió cuando la convencí de que complacería a su suegra, con la que nunca tuvo muy buena relación. Mi madre se había portado de manera muy entrometida en nuestra relación desde que éramos novios y las asperezas entre ella y mi querida Hilde fueron creciendo con el paso de los años. Yo nunca supe qué hacer al respecto, pues si bien le daba la razón a mi mujer, no quería encarar a mi madre, a quien nunca supe realmente hacerle frente.

Esto continuó así hasta una noche en la que invité a mis padres a cenar. Era invierno, cerca de Navidad.

- ¡Nico, querido, que gusto verte! ¿Cómo te ha ido? - me saludó mi madre llenándome de besos.

- ¡Muy bien mamá! ¡Muy bien! ¡A mí también me da gusto verte! - dije intentando liberarme.

-Hola muchacho- me saludó fríamente mi padre.

-Hola padre. ¿Cómo estás?

Los saludos para Hilde eran completamente al revés.

-Hola Hilde- la saludó mi madre haciendo una mueca parecida a una sonrisa.

-Hola señora- contestó con un ademán similar.

-¡Hilde, niña de mi corazón! ¿Cómo estás hoy, pequeña? ¿Te trata bien este zoquete que tengo por hijo? - la saludó efusivamente mi padre.

-¡Hola, señor! ¡Todo está bien y su hijo me trata de maravilla! Que gusto que nos puedan acompañar. Pasen por favor. La cena está lista.

A pesar de que ninguna de las dos lo admitiría nunca, mi mujer intentaba impresionar a mi madre cada vez que venían a la casa y mi madre hacía lo mismo con ella cuando nosotros íbamos a visitarlos. Era una especie de competencia silenciosa. Esa noche Hilde había preparado codornices tiernas en salsa cremosa de vino acompañadas de espárragos asados con mantequilla y un vino blanco que le sentaba de maravilla.

Nos sentamos a cenar en silencio. Al inicio siempre era un poco incómodo. La tensión que existía entre mi madre y mi mujer y entre mi padre y yo se dejaba sentir. Después, como siempre, y después de deshacerse en elogios para Hilde con uno o dos comentarios despectivos de mi madre al margen, mi padre comenzó a hablar de su negocio, de la economía y de la situación política en el mundo. Esos eran los únicos momentos en los que sentía que podía entenderme con él.

Podíamos hablar por horas y horas acerca de lo que dijo aquel senador, o el problema del desempleo, o la nueva propuesta de ley, o el conflicto en Medio Oriente. Mi esposa y mi madre se sumaban ocasionalmente a la conversación, pero en general se limitaban a observarnos calladas, divertidas con la situación. Ellas también se amigaban un poco en esas ocasiones, pues compartían el sentimiento de admiración y simpatía que les provocaba vernos discutir.

Entonces sucedió; Mi madre tomó un bocado un poco demasiado grande de comida y un insospechado huesito se atoró en su garganta. Inmediatamente comenzó a carraspear y a toser ruidosamente, intentando expulsar el hueso con todas sus fuerzas. Rápidamente mi padre se puso a darle palmadas en la espalda, más no parecía hacer otra cosa que añadir color a la escena. El pánico me congeló por unos momentos, hasta que de pronto se vio reemplazado por una gran determinación.

-¡A un lado, padre! - le ordené

Me levanté de golpe, tomé por los brazos a mi madre y la tumbé lo más delicadamente que pude en el piso, inmovilizando con mis piernas. Le abrí la boca y sin pararme a pensarlo ni un segundo metí mi mano en su garganta en busca del hueso. Lo tomé con todo el cuidado y rapidez de que fui capaz y se lo saqué.

-¿Estás bien? - preguntamos todos al mismo tiempo

-¡Niña! ¡cof, cof! - gritó, roja como tomate y sin parar de toser - ¡Casi me matas, mocosa inútil! ¡cof, cof! ¿Por qué no aprendes a cocinar? ¡Niña tonta!

-¡Mamá!, ¿qué te pasa? - intenté decir calmadamente -Claramente no fue su cul...

-¡Cállate, vieja bruja! ¡No tienes ningún derecho a hablarme así! ¡Siempre me has tratado con la punta del pie! ¡Ojalá te hubieras ahogado! ¡Estúpida!

-¡Querida, tranquila!

-¡Perra malparida! ¡Bruja! ¡Largo de mi casa!

-¡Hilde, basta! - dije tomándola por los hombros y llevándomela de ahí.

-¡Fuera! ¿Me oíste? ¡Fuera! - siguió gritando mientras la sacaba del comedor a la cocina.

-¡Mi amor, para! ¡Para ya! - la abracé con fuerza, ahogando sus gritos en mi camisa.

-¡No fue mi culpa! - sollozó, y comenzó a llorar sobre mí.

-Tranquila, linda, yo sé que no. - la abracé más fuerte -Mi mamá también lo sabe. No quería decir lo que dijo y estoy seguro que tú tampoco. Fue la emoción del momento. Hablaré con ella.

Entró mi padre a la cocina, visiblemente alterado por todo lo que acababa de pasar.

-Hilde, cariño, ¿Estás bien? - preguntó. No hubo respuesta.

-Está bien papá. Llévate a mamá a casa. Yo hablaré después con las dos.

-Bueno hijo, pues, gracias por la cena. Estuvo deliciosa.

Salió de la cocina y escuché cómo levantaba a mi madre y salían de la casa. Al cerrarse la puerta, Hilde comenzó a llorar de nuevo con renovadas fuerzas.

-¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! ¡No quería decir nada de lo que dije!

-Yo sé, yo sé, tranquila. - la calmé mientras le acariciaba el pelo. ¡Que hermoso pelo tenía! Y siempre olía bien.

Cuando logró calmarse un poco, nos fuimos a la cama. Al acostarnos se dio la vuelta y pude oír como volvía a sollozar. Tomé la decisión de aprovechar lo que acababa de suceder. Es verdad que era una relación malsana la que llevaban mi madre y mi esposa, situación en la que yo no era de demasiada ayuda. Esta era una oportunidad para encarar el problema de frente y arreglar las cuentas.

Esa noche fue también la primera vez que la escuché. A punto estaba de quedarme dormido cuando escuché la voz de mi madre llamándome abajo.

-¡Nico! - lo escuché claro como el día.

Me levanté extrañado y bajé a la sala

-¡Nico!

-¿Madre? ¿Eres tú? - no hubo respuesta.

-¡Nico! ¡Nico! ¡Nico! - venía de la cocina

-¿Mamá? ¿Sigues aquí?

Abrí la puerta, pero estaba vacío. Revisé el comedor, la sala de estudio, la entrada de la casa, y nada. No había nadie allí abajo.

“Qué extraño” pensé un poco atemorizado, y me fui a dormir sin darle más importancia.



## RECUERDOS

Después del incidente del hueso, hablé seriamente con mi madre y con Hilde. Primero me disculpé con Hilde por no haber sabido pintarle la línea a mi querida madre y también la hice notar que no se portaba precisamente como una perita en dulce con ella. Luego le tocó el turno a mi madre. Le pedí que tomara más distancia de nuestra vida personal y empezará a tratar de una manera diferente a mi esposa. La hice pensar en cómo ella misma se quejaba constantemente de su suegra y del dolor de muelas que podía llegar a ser.

Logré que hicieran las paces, aunque mi madre, de naturaleza rencorosa, nunca olvidó realmente los insultos de aquella noche. Las asperezas continuaron, pero en un ambiente más sano y cordial para todos. Incluso llegaron a tener detalles la una con la otra, intentando agradarse mutuamente. Como con aquel asunto del cuadro.

No pude reprimir una sonrisa al recordar la cara que puso la pobre Hilde cuando llegué a casa con el cuadro bajo el brazo, anunciando que tenía la intención de colgarlo en la chimenea. En verdad era un cuadro bastante lúgubre. Quizá era momento de quitarlo, después de todo, mamá ya no estaba con nosotros.

Mis ojos volvieron a vagar por la habitación, pendientes de todos los detalles. Recorrí las paredes blancas que ya había que pintar, el piso de madera con la gran alfombra estilo persa en medio, la extravagante chimenea antigua, los muebles de cedro, la pequeña y espantosa escultura de la que mi esposa estaba tan orgullosa. Detuve la vista sobre la pequeña mesa que teníamos junto a la ventana. Las fotos que había encima me trajeron hermosos recuerdos. Ahí estaba con Jorge y Emilio, mis mejores amigos de la universidad, los tres en uniforme de fútbol. También se veía a Hilde estirando antes de su primera presentación de danza. En otra aparecíamos tomados de la mano, Hilde y yo, riendo en medio del campo. Otra más era la foto de todo el grupo de artes de mi querida esposa.

Había una enorme cantidad de bellísimos momentos amontonados en una simple mesa de madera. Mi favorita de todas era la foto de nuestra boda. Hilde estaba más radiante que nunca y yo no cabía en mí de la alegría. Cómo convencí de que se casara conmigo a la chica más guapa, inteligente y maravillosa que he conocido, nunca lo sabré.

Nos conocimos en una fiesta de la universidad. Ella estaba estudiando artes plásticas y yo estaba por terminar la licenciatura en economía. Estábamos celebrando que Emilio se graduaba, él era un poco mayor que Jorge y yo. Jorge me había dejado solo por una morena de pelo chino. Siempre fui bastante tímido y nunca aprendí a sentirme cómodo en aquellos extraños rituales sociales. Estaba parado en una esquina, tomando una bebida imposible de identificar y observando la fiesta. El aburrimiento y el cansancio ganaron terreno rápidamente. Quería despedirme de Jorge y de Emilio antes de irme, pero no los veía por ningún lado. Finalmente me rendí y caminé hacia la puerta para irme. A punto estaba de salir cuando sentí como alguien me tiraba su bebida encima de mi chaqueta favorita.

-¡Oye! ¿Por qué no te fijas especie de...? ¡oh!

Ahí, delante de mí, con un vaso vacío en la mano y con expresión apenada, tenía a la mujer más hermosa que jamás hubiera visto en toda mi vida. Tenía los ojos grandes y azules, de un azul casi transparente, su boca y su nariz eran grandes también, pero finas al mismo tiempo y su cara estaba decorada con unas hermosas pecas. Su pelo dorado y cobrizo estaba recogido hacia atrás por una diadema y caía en rizos por sus hombros. Tenía puesto un sencillo vestido azul claro, que resaltaba aún más el azul de sus ojos.

-¡Perdóname, no te vi ahí detrás! ¡Fue un accidente! ¡Lo prometo!

-N-no pasó nada. ¿Estás, estás bien? - balbuceé. Sus amigas intercambiaron una mirada pícaro.

-Sí, estoy bien, gracias. - dijo sonriendo. Su sonrisa la hacía aún más encantadora.

-Me llamo Ni-ni Nicolás- ella se rio, lo que la volvió completamente irresistible.

-Mucho gusto Nini Nicolás- dijo burlándose -Yo soy Hilde. - se presentó y me tendió la mano. En vez de tomarla me le quedé viendo embobado.

-¿Nico?

-¿Eh? ¡Ah, sí! Mucho gusto. - sus amigas explotaron de risa y ella se puso roja hasta la punta de las orejas, haciéndose aún más bella.

Me temblaba todo el cuerpo y me costaba respirar. Sentía como el sudor me empapaba aún más la ropa. Gracias a Dios que al estar mojado no se notaba. Era increíble que existiera alguien así. No podía irme sin conocer a esa mujer. Tenía que conseguir su número a toda costa.

-Bueno, nos vemos por ahí, Nico.- se despidió y se dio la vuelta con sus amigas.

-¡Eh, no! ¡Espera!

-¿Sí?

-Eh, bueno, yo, ejem... eh, yo, digo, tú, eh, ¿qué digo? Bueno, pues, no sé si tal vez, eh, bueno, tú quisieras, eh, ¿Quieres... bailar?

-¿No te ibas ya?

-¿Quién, yo? No, no, para nada, solamente quería, ya sabes, revisar la puerta.

-¿Revisar la puerta?

-Sí, revisar la puerta.

Soltó una melodiosa carcajada. - De acuerdo, Nico, ¡bailemos! - me tomó de la mano y me jaló hacia el jardín, que hacía las veces de pista de baile.

Pasamos el resto de la noche bailando. Tengo que decir que en ese momento agradecí las ridículas clases de baile que mi madre me obligó a tomar siendo un niño. Al final de la noche la acompañe a su casa. Íbamos platicando en el camino. Platicamos acerca de la fiesta, de la universidad, de los amigos y la familia, de nuestra carrera:

-¿Entonces estudias arte?

-Así es. Mis padres no están de acuerdo, dicen que no es más que un escape del mundo real. Los dos son contadores y son bastante cuadrados de mente. Los quiero con toda mi alma, pero no los entiendo y ellos no me entienden a mí. Desde su punto de vista, los artistas valemos para lo mismo que los vagabundos.

-No saben lo que dicen. Los artistas mantienen con vida el espíritu de las personas. Como el cuerpo necesita comida, el alma necesita el arte. No podríamos ser verdaderamente humanos sin la expresión artística.

-¡Vaya!- dijo sorprendida. -Nunca había pensado en el arte de esa manera, lo hago porque me apasiona, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar que era tan importante.

-¡Pues claro! Piénsalo. ¿No te ha pasado que estás triste o desanimada y de pronto se te pasa todo el mal humor por una buena canción? ¿O no te has sentido renovada por dentro luego de ver una buena exposición en un museo?

-Sí, creo que tienes razón.

Nos quedamos callados los dos por un momento. De pronto volteó a verme con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Siempre eres tan serio y profundo en tus conversaciones?

-No, solamente cuando la plática vale la pena.

-¿Y cómo sabes que la plática vale la pena?

-No sé, solo lo sé.

-Me agradas, Nico. Eres raro. - dijo deteniéndose frente a una puerta azul. -Aquí me quedo yo. Gracias por acompañarme.

-No hay de qué. Ha sido todo un placer señorita- dije haciendo una reverencia.

-¡Ay, Nico! - dijo riéndose mientras abría la puerta -En verdad la pasé muy bien. Espero que nos volvamos a ver pronto.

-¡Espera! ¡Casi lo olvidó! ¿Me das tu número?

-¡Claro! Dame tu brazo.

-¿Qué?

-Dame tu brazo.- insistió. Obedecí y me escribió su número en el antebrazo.

-¿Nos vemos, entonces?

-Eso espero. Buenas noches, Nico.- se despidió y cerró la puerta.

-Buenas noches.- le dije a la puerta.

Me quedé parado ahí unos momentos, sintiendo los latidos de mi corazón, y luego me alejé dando brincos de felicidad. No podía creer lo que me acababa de suceder. Yo, Nicolás, el ñoño, el tímido, el solitario, acababa de conseguir el número de teléfono de una chica de ensueño. Me pellizque un par de veces para estar seguro de que era verdad.

El viernes de la semana siguiente la invité por un café y desde entonces comenzamos a salir todas las semanas. Rápidamente nos hicimos novios. Después de sólo unos meses me di cuenta de que no podía vivir más sin ella y una vez que terminé la universidad le pedí que se casara conmigo.

El día de la boda ha sido el más feliz de mi vida. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Hilde había pasado los últimos cuatro meses planeando todo junto con su madre y la mía, que insistió en ser parte de los preparativos. Querían que todo estuviera perfecto, y lo estaba. A mí no me importaba otra cosa que casarme con aquella mujer.

Durante el banquete, una niña pasó corriendo junto a una de las antorchas decorativas y la tiró sin querer contra la carpa de tela que habían instalado para protegernos de una posible lluvia, que rápidamente se incendió. Intentaron apagar el fuego, pero fue demasiado rápido y se salió de control. Todos tuvimos que salir corriendo y una buena parte de la fiesta se quemó junto con la carpa. Las dos consuegras estaban completamente desangeladas, al igual que Hilde. Recuerdo que la tomé de la mano y le dije

-Linda, no estés triste. Nada de eso es importante.

-Pero la fiesta, la comida, ¡El pastel!- dijo al borde de las lágrimas-

-Lo sé, era muy importante para ti y por eso era importante para mí, pero lo que realmente importa es que ahora somos esposos. Estoy aquí para ti por el resto de mis días. Todo esto en realidad no es más que una tonta fiesta que rápidamente habríamos olvidado todos. Hay que verle el lado bueno, ahora te aseguro que nunca nadie se olvidará de la boda en la que una bola gigante de fuego destruyó la fiesta. ¡Además nadie salió lastimado! Vamos, admite que será una gran historia que contarles a nuestros hijos.

-Supongo que tienes razón- dijo reprimiendo una sonrisa -Después de todo, lo importante es que ahora eres mi esposo. No importa todo lo demás, ¡Te amo!

-¡Yo también te amo, linda!- le dije, y le planté un tierno y largo beso en los labios.

La calidez y la alegría de los recuerdos fue reemplazada de golpe por la amargura de los acontecimientos recientes. Había hecho sufrir tanto a mi pobre niña en tan poco tiempo. ¿Cómo pudo pasar? ¿Por qué? ¿Acaso era un castigo de Dios por mis pecados del pasado? ¿Siquiera existía un Dios? Al menos estaba mi padre, que nunca dejó de apoyarnos a lo largo de nuestro calvario. Supongo que la nueva y hermosa relación que surgió con mi padre es algo bueno de todo este infierno.

Intenté recordar cómo habían sucedido las cosas. Hacía ya casi dos años que empezó todo, tan solo un par de días después de la muerte de mi madre. ¡Ah, mi madre! ¡Cómo me ha lastimado su recuerdo!

## DESPUÉS DEL FUNERAL

Mi madre murió un día viernes en la noche, en su cama del hospital. Yo estuve con ella todo el día junto con mi padre. Sabíamos que estaba muy mal, pero no esperábamos que muriera así, tan de pronto. Me telefonaron en medio de la noche para darme la noticia. Recuerdo que al colgar me puse a llorar ahí mismo, de pie junto al teléfono. Hilde bajó conmigo y estuvo intentando consolarme el resto de la noche.

Al día siguiente fue el entierro. Ella no quería que la cremaran. Nos pidió que la enterráramos en la misma iglesia en la que estaban enterrados mis abuelos. Era una pequeña iglesia rural, en las afueras de la ciudad. Vi muchos rostros conocidos y desconocidos entre los que nos acompañaron. Una amiga de la infancia pasó al frente a decir unas palabras.

-Nuestra querida Alba María, la dulce Albita, nos dejó el día de ayer. No puedo poner en palabras lo importante que fue esta mujer en mi vida. Desde pequeñas estuvo siempre ahí para mí. Todo lo hacíamos juntas. Los juegos en el parque, los dulces, las travesuras, incluso los jalones de oreja, todo lo compartíamos. A donde quiera que iba una iba la otra. Solamente que esta vez se me adelantó a un lugar al que no la puedo seguir, y eso me causa un dolor indecible. Albita, Alba querida, te extrañaremos siempre.

Unas cuantas personas más pasaron a contar anécdotas o a agradecerle a mi madre lo que había hecho por ellas. Yo no supe encontrar nada que decir. Estaba vacío. Ya ni siquiera me quedaban lágrimas que llorar. Me sentía completamente desolado. Solamente el brazo de mi amada Hilde entrelazado con el mío me daba algún consuelo y esperanza.

Entonces pasó a hablar mi padre. Estaba más sombrío que nunca. Había envejecido diez años de golpe. Las ojeras y los ojos enrojecidos delataban que había pasado mucho tiempo llorando y sin poder dormir. Se quedó parado unos momentos con la boca abierta, como queriendo decir algo. Finalmente logró hablar. Su voz sonaba triste y ronca.

-Mi amor, mi vida, mi Albita querida.- comenzó con dificultad, mirando el ataúd -Niña mía, niña de mis ojos, luz de mi vida. No sé...,- se detuvo a tomar aire -no sé qué voy a hacer sin ti.

Ya no pudo continuar. Se tomó la cara con las manos y se puso a llorar amargamente. Al ver así a

mi padre, las lágrimas volvieron de golpe a mis ojos y me puse a llorar con él. Le ayudé a regresar a su lugar intentando controlarme sin demasiado éxito. Lo abracé con toda mi alma y lloramos juntos. Estuvimos así un buen rato. Después de eso, el ministro dio un pequeño discurso y luego bajaron a mi madre a la tumba. No recuerdo mucho más de lo que sucedió aquel día.

En el regreso a casa condujo Hilde, yo no tenía fuerzas para manejar el coche. Todo el camino estuve viendo la ventana, completamente absorto en mi tristeza. No me cruzaba ningún pensamiento por la cabeza, solamente sentía el peso de la muerte sobre mí.

Al llegar a casa, me fui directo a la cama. Hilde me siguió y se acostó conmigo, abrazándome por detrás. Lloré de nuevo, hasta quedarme dormido. Esa noche soñé con mi madre.

Estábamos parados los dos en un cuarto oscuro. Ella me miraba fijamente desde el otro lado de la habitación. Había algo extraño en su rostro, algo inquietante. Su mirada estaba desorbitada y le temblaba la comisura de los labios. Ninguno de los dos dijo nada. Solamente nos mirábamos el uno al otro. De pronto empezó a abrir la boca, cada vez más, y más, y más, hasta que su cara quedó completamente desfigurada en una horrible mueca inhumana. Entonces, una carcajada lenta y tenebrosa salió de su boca, haciéndose más profunda a cada instante que pasaba.

Me desperté de un brinco, asustando también a mi esposa.

-¿Cariño? ¿Estás bien? ¿Qué pasa?- me dijo con los ojos entrecerrados.

-Nada, no es nada. Solamente una pesadilla- le dije controlándome lo mejor que pude. Vuelve a dormir. Perdón por despertarte así.

Obedeció rápidamente. Volvió a hundir la cara en la almohada y rápidamente se quedó dormida. Por mi parte, todo el sueño que pudiera tener había salido huyendo de la horrible pesadilla que acababa de tener. Seguía sintiéndome abrumado por la tristeza. Decidí bajar a mirar un poco de televisión para despejarme. Estaban pasando una caricatura de cuando yo era chico. Ayudó bastante a relajarme, rápidamente me calmé y, poco a poco, el sueño volvió a mí. Me quedé dormido ahí, en el sofá.

De pronto estaba de vuelta en aquel lugar oscuro con mi madre. Su rostro se desfiguró otra vez y la risa siniestra comenzó de nuevo. Volví a despertar alterado. Estaba sudando y me temblaba todo el cuerpo hasta las rodillas. Traté de calmarme. Respire hondo varias veces y fui al baño a lavarme la cara. Me sequé, restregándome la toalla con fuerza. Al abrir de nuevo los ojos me quedé paralizado de terror. Pude ver en mi reflejo como el color abandonaba mi rostro. Ahí, parada detrás de mí, con la misma mirada torcida del sueño, estaba mi madre.

-Hola Nico.- me saludó con una voz extraña, que era la suya, pero no lo era.

No me podía moverme ni hablar. Mis pies se quedaron pegados al piso y un nudo en la garganta

me impedía proferir sonido alguno.

-Veo que estás contento de verme, pero no tengo tiempo para sensiblerías. Escúchame, hijo, tienes que saber algo importante. Mi muerte no fue una casualidad. No fue la pulmonía la que me mató. Fue tu esposa.

Mi mente no podía creer lo que estaba viendo. No podía ser cierto, nada de esto y, sin embargo, veía y escuchaba a mi madre claro como el día. ¿Cómo era posible?

-¿Hijo, me estás escuchando?

-S-s-sí- logré contestar.

-Tu esposa me asesinó. ¡Tienes que vengarme!

“Esto no está pasando. ¡Esto no está pasando! No es verdad. Sigo soñando. Tengo que despertar.” pensé, completamente apanicado. Intenté moverme, pero no lo lograba.

-Hijo...- me tomó por el hombro y me desmayé.

La luz del amanecer se filtró por la ventana y me despertó. Estaba tirado en el piso del baño con un buen golpe en la frente. Además de la cabeza, me dolían el cuello y la espalda por la posición en la que había terminado. Me levanté con dificultad y volví a la habitación. Hilde seguía durmiendo plácidamente, ocupando toda la cama. No pude evitar sonreír al verla así, extendida en una posición que se veía francamente incómoda. Un sentimiento de amor y ternura me invadió. Todo había sido una pesadilla, una horrible pesadilla.

Me acerqué a darle un beso en la frente a mi hermosa esposa y me fui a dar una ducha. Revisé el golpe en el espejo. Estaba bastante hinchado y presentaba vistosos colores, pero no me parecía demasiado grave. No tenía ninguna herida abierta. En unos pocos días desaparecería. El nuevo día me puso de buen humor. Seguía sintiendo la tristeza sobre mi alma, pero con el amanecer sentí surgir en mí un nuevo sentimiento de esperanza. No habría jamás ni un solo día en el que no extrañara a mi madre, pero tenía que continuar adelante. La vida sigue su curso.

La ducha caliente me hizo sentir renovado. Al salir vi que Hilde todavía dormía. Bajé a preparar el desayuno. Todavía era temprano, así que decidí sorprender a Hilde con un desayuno completo. Preparé huevos estrellados, varias tiras de tocino, panqueques, exprimí un jugo de naranja, preparé una ensalada de frutas y puse a funcionar la cafetera. Unos minutos después bajó a la cocina. Estaba todavía amodorrada, con el pelo enmarañado y los ojos un poco hinchados. Ella nunca se sentía una reina de la belleza en las mañanas, pero yo me enamoraba nuevamente de ella cada vez que la veía así, hermosa y medio dormida, con esa mirada dulce y perdida.

-Hola, linda.- le di un beso -¿Dormiste bien? Espero que tengas hambre, porque preparé mucha



comida.

-Hola mi amor. Qué lindo detalle. Todo se ve delicioso. Dormí como nunca. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo te sientes?- me dijo acariciándome

-Espera, ¿Qué es esto, Nico?- preguntó asustada -¿Cómo te hiciste ese golpe tan horrible?

-Oh, no es nada. No te preocupes. Me levanté al baño en la noche y tuve un pequeño desmayo. No es nada grave, en serio. En unos días ya no se notará.

-Eso no es un pequeño desmayo. ¡Eso es un tremendo porrazo que te has dado!

-No te preocupes, estoy bien. Vamos, ven a desayunar.

Era domingo, así que no teníamos ninguna prisa. Comimos con calma. Ella estuvo muy parlanchina. Creo que intentaba distraerme de la muerte de mi madre. Estaba tan hermosa como siempre. Su sonrisa me iluminaba el corazón. No recuerdo nada de lo que dijo esa mañana. Solamente recuerdo que me embargó un inmenso sentimiento de gratitud y de alegría por tenerla en mi vida. Ese desayuno ha permanecido en mi memoria como uno de los más bellos recuerdos que tengo con mi esposa. Por desgracia, también fue uno de los últimos momentos de alegría a su lado. Ese día lo pasamos juntos hasta la noche, abrazados en el sillón la mayor parte de la tarde. Por la noche, al acostarme, me sentí satisfecho. Esa satisfacción que solo le llega a uno luego de un día verdaderamente bueno, y este, definitivamente, había sido un buen día. Rápidamente me quedé dormido.

Para mi horror, me volví a encontrar con mi madre en sueños. Otra vez estábamos en aquel lugar oscuro, solo que ahora ella estaba más cerca de mí. Sus ojos tenían una mirada aún más perdida y terrible que la noche anterior. Brinqué de la cama en dos segundos, pero la pesadilla no había terminado. Delante de mí, a solo unos centímetros, estaba parada mi madre.

-Hola Nico- me saludó con su voz espectral.

-¡Dios mío! ¡No eres real! ¡No eres real! ¡Aléjate de mí!

-¿No soy real, dices? ¿Y cómo es que estoy aquí entonces?

-No sé y no quiero saberlo. ¡Lo que quiero es despertar de esta pesadilla!

-Estás despierto, hijo. Acéptalo. Soy real.

-No es verdad. No puede ser verdad. ¿Qué es lo que quieres conmigo?

-Que me escuches.- su voz comenzó a hacerse más profunda y terrible. -Tu esposa me mató. Tienes que vengarme Nico.

-¿Qué dices? Eso no es posible. Yo estuve contigo todo el día, hasta la noche. Ella estaba en casa.

¡Nada de lo que dices es verdad! Tú no eres verdad. En realidad, no estás aquí. ¡Estás muerta!

-Porque tu esposa me mató

-¡Cállate!

-Tienes que vengarme, Nico.

-¡Cállate!

-¡Mátala!- gritó en la voz más espantosa y profunda.

Caí de espaldas en la cama, gritando y temblando de terror. Hilde se levantó asustada.

-¡Nico! ¿Qué ocurre?

-¡Es ella! ¡Está aquí!

-¿Quién está aquí? No hay nadie aquí más que tú y yo.

Miré alrededor. Había desaparecido. Busqué refugio en los brazos de Hilde y me solté a llorar aterrizado.

## PRISIONERO POR VOLUNTAD PROPIA

A la mañana siguiente, Hilde me llevó al médico. Le había contado todo lo que pasó la noche anterior. Me convenció de ir con el doctor y los dos avisamos que faltaríamos al trabajo e hicimos cita con el doctor Gaspar a primera hora del día siguiente. Llegamos al consultorio antes de tocar las once de la mañana. Era un viejo edificio de ladrillo rojo con un jardín muy bien arreglado en la entrada. Ya había estado ahí en incontables ocasiones. El doctor Gaspar Lechuga me había visto crecer. Atendía a mi familia desde varios años antes de que yo naciera. Era un hombre anciano y noble. Uno de los pocos amigos verdaderos de la familia. Había estado presente en el funeral de mi madre.

Entramos al pequeño edificio. Ahí estaba Gertrudis, su asistente, instalada detrás de un pequeño mostrador, justo al lado de las escaleras por las que se llegaba a la pequeña habitación en la que el doctor daba sus consultas.

-Buenos días, Gertrudis. Hablé contigo hace una hora. Venimos a ver al doctor Gaspar.

-Sí, pasen, por favor. El doctor los está esperando.

Subimos las estrechas escaleras y llamamos a la puerta. De inmediato nos abrió el doctor, con una amable sonrisa en el rostro.

-¡Nico! ¡Hilde! ¡Pero qué alegría verlos! Lástima que sea en un momento tan duro para ustedes. Lamento mucho lo de tu madre, Nico.

-Gracias, doctor.

-Pero que buen porrazo te diste, Nico.- dijo notando mi golpe -¿Vienes a que te revise eso? Se ve bastante feo.

-No, doctor, no es eso.

-Bueno, muchachos, pues entonces, ¿Qué los trae por aquí?

-Pues, verá.- empecé nervioso -Es algo muy extraño. La verdad es que no sabría por dónde comenzar...

-Deja que yo le cuente, cariño. Tú intenta relajarte.

Suspiré. Hilde le contó lo que había sucedido las dos noches anteriores. Los sueños, las apariciones de mi madre, y la supuesta historia del asesinato y el deseo de venganza del espectro.

-Ajá, ya veo. Es muy extraño, sin duda. ¿Y dicen que todo empezó hace dos días?

-Así es, doctor. La noche del mismo día del entierro.

-Interesante.- el doctor se paró a reflexionar y después de unos momentos continuó.

-Escucha, Nico. Creo que no es necesariamente grave lo que te está sucediendo. Después de todo, eras muy cercano a tu madre y su muerte ocurrió de manera repentina. Puede que todo esto se trate de una reacción pasajera de tu mente. Lo primero que tienes que hacer es intentar calmarte. No vayas al trabajo estos días. Vete lo más temprano que puedas a la cama y duerme lo que necesites. No fumes ni tomes alcohol. Te recomiendo correr un poco en las mañanas y desayunar muy bien. No hagas nada que pueda provocarte estrés. Cuídate mucho y vuelve a verme dentro de dos semanas, ¿Vale?

-Muy bien, doctor.

-También te voy a recetar Haloperidol. Es un medicamento antipsicótico muy fuerte. Los efectos secundarios pueden ser muy desagradables, así que te recomiendo intentar seguir sin él. Tómallo sólo si persisten tus alucinaciones. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Muchas gracias, doctor.

-Muy bien jóvenes, me parece que hemos terminado por ahora. Los acompaño a la puerta.

Se levantó y nos llevó hasta la salida del consultorio.

-¡Buena suerte, amigos míos! Espero que nos veamos pronto en circunstancias más alegres.

-Muchas gracias, doctor. ¡Hasta pronto!

Se despidió una vez más con la mano, nos dedicó una sonrisa y cerró la puerta.

-Bueno, Nico.- me dijo Hilde -Ya lo escuchaste. Nada de trabajar, ¿eh? Te vas a estar muy quieto y yo voy a cuidar de ti.

-Yo sé, eso es lo que me preocupa.- bromeé.

-¡Nico! ¡Qué malo eres!- me empujó juguetonamente.

La empujé de regreso, pero calculé mal mi fuerza y la tiré contra los arbustos de la entrada del consultorio.

-¡Linda, perdón! ¿Estás bien?

Soltó una carcajada desde detrás de las plantas.

-Estoy bien. Ayúdame a levantarme, bobo.- dijo riéndose

La levanté y seguimos riendo juntos hasta el coche. Al llegar a casa me sentía agotado. Hilde me mandó a dormir una siesta mientras ella preparaba la comida. Comimos juntos más tarde. Después de comer, Hilde decidió sacar los álbumes de fotos que guardábamos. Había unas cuántas fotos de cuando éramos niños. Nuestros respectivos padres habían aportado ese tesoro invaluable a nuestra colección.

En una imagen en la que no contaría más de cinco años, Hilde aparecía con la cara llena de pastel y una sonrisa de oreja a oreja. En otra más aparecía yo, enseñando muy orgulloso un pastel de lodo. Como estas había muchas más. También había cientos de fotos de nuestra boda y de nuestra luna de miel. Nos pasamos el resto del día recordando y riendo.

El resto de la primera semana transcurrió de manera tranquila. No volví a tener pesadillas, pero para estar seguros decidí tomar el Haloperidol un par de veces. En verdad era desagradable. Provocaba un mareo y unas ganas de vomitar espantosas. Hilde se portó como un ángel conmigo, haciendo todo y más por mí. Yo avisé en la oficina que estaba siguiendo un tratamiento y me desconecte por completo del trabajo. Aproveché la calma para finalmente comenzar a leer “La Guerra y la Paz”, de León Tolstoi. Hacía ya un par de años que tenía ganas de añadir esa obra maestra a mi lista de leídos, pero el trabajo y las demás ocupaciones de la vida no me lo habían permitido hasta ahora.

El viernes, una semana después del funeral, me quedé leyendo hasta tarde. Cuando volteé a ver el reloj me di cuenta de que ya era la una de la madrugada. Me levanté para ir a dormir, pero antes de subir me di cuenta al mirar por la ventana que la noche estaba preciosa. La luna llena alumbraba el ambiente con su tenue luz blanca. Sentí una paz profunda al mirarla a través del cristal. Decidí salir a caminar un poco a la calle antes de ir a la cama, después de todo, todavía no tenía sueño.

Tomé mi abrigo de la entrada y salí a la calle en pantuflas. El aire frío de la noche me golpeó en la cara y un agradable escalofrío me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Caminé un par de manzanas, pensando en mi madre y en lo afortunado que había sido de tenerla. Al regresar iba triste pero tranquilo, sabiendo que ella había sido una buena persona y que había tenido una buena vida.

A punto estaba de entrar de vuelta a casa cuando una sombra se dibujó en la ventana de la sala que daba a la calle. Entré directamente a la sala pensando que era Hilde, y al ver a mi madre no pude reprimir un grito de terror.

-Hola hijito. ¿Me extrañaste?

Las lágrimas y la desesperación se agolparon en mi rostro y un nudo me apretó la garganta.

-No es verdad. ¡Por favor dime que no es verdad!- dije en un susurro.

-Tienes que vengarme, Nico. Ella me mató. Tienes que matarla.

Escuché unos pasos en las escaleras y luego la voz asustada de Hilde.

-¿Nico? ¿Qué ocurre?

-Está aquí. La estoy viendo ahora mismo. Con los ojos abiertos.

Bajó corriendo y me tomó el rostro.

-Recuerda que no es real, Nico. ¡Nico, mírame!

Pero yo no podía dejar de ver al fantasma de mi madre, que estaba ahí, parada, viéndome fijamente a los ojos.

-Dice que tú la mataste. Dice que tengo que matarte.

-¡No la escuches, Nico! ¡No es real! ¡Es tu mente haciéndote una mala pasada!

De pronto, mi madre abrió la boca en esa mueca tan espantosa y conocida y se lanzó sobre mi esposa con un horrible grito.

-¡No!- grité apartando a mi esposa del camino con un empujón -¡Déjanos en paz! ¡Tú estás muerta! ¡Déjanos en paz!- cerré los ojos y me tiré al piso. Seguí gritando, agarrándome la cabeza. Hilde se levantó y corrió de nuevo a mi lado para abrazarme con todas sus fuerzas.

-Ya pasó, cariño. Ya pasó. Mañana volveremos con el doctor Gaspar. Tranquilo. Ya pasó.- me intentaba calmar, a la vez que reprimía el llanto.

Al día siguiente nos levantamos temprano y fuimos directamente al consultorio, antes incluso de la hora en que abría, a esperar a que llegara el doctor. La secretaria del doctor Gaspar se sorprendió mucho de vernos ahí en la puerta al llegar. Nos bajamos rápidamente del coche y la saludamos.

-Buenos días, Gertrudis.- la saludé -Tenemos que ver al doctor urgentemente.

-Aún no ha llegado. Siempre llega un poco más tarde los sábados. ¿Todo en orden?

-No, no está todo en orden, pero no te preocupes. ¿Podemos esperar adentro al doctor?

-¡Claro! Voy a telefonar en seguida a su casa para preguntar si ya viene de camino.

-Muchas gracias, Gertrudis.

Nos sentamos a esperar en el sofá que estaba en la entrada. Había un revistero lleno de revistas viejas y una mesa baja con un cactus miniatura en el centro. Gertrudis estaba al teléfono en el mostrador.

-Me contestó el doctor.- nos avisó -Le expliqué que tienen una urgencia y me dijo que salía en seguida para acá. Llegará en unos veinte minutos.

-Muchas gracias, esperamos.

Tan solo quince minutos después se escuchó el ruido de una llave girando en la cerradura de la entrada. Se abrió la puerta y entró el doctor a toda velocidad con una cara de profunda preocupación. Al vernos se sobresaltó aún más.

-¡Ah! ¡Ahí están! ¿Qué pasó? ¿Tuvieron problemas? Vengan, vamos arriba. Gertrudis, por favor no me pases ninguna llamada.

-Claro que sí, doctor.

Subimos al cuartito de consultas.

-¿Y bien? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo es que están aquí de vuelta tan pronto y tan temprano?

Nuevamente, fue Hilde la que puso al día al doctor.

-Pues verá, en realidad fue una buena semana. Nico estuvo muy tranquilo, no fue al trabajo, durmió y comió muy bien y yo misma me encargué de que estuviera cómodo y en paz. Dejó de tener pesadillas y se calmó bastante. Pero ayer, en mitad de la noche, me despertó con un grito. Estaba parado en mitad de la sala, hablando solo. Me dijo que estaba viendo a su madre en ese momento. Se puso a gritar y luego se cayó al piso. Estuvo gritando todavía un buen rato hasta que se calmó y se quedó dormido en el piso.

-Dios mío, que terrible. ¿La seguiste viendo aún cuando llegó Hilde?

Asentí

-Qué extraño. Una pregunta, Nico, ¿Esto ya te había sucedido antes, o es la primera vez?

-No, nunca había sucedido. Esta es la primera vez.

-Muy extraño en verdad.

-Espere, ahora que lo pienso, sucedió algo parecido hace unos años, una noche que mis padres vinieron a cenar. Ya habían salido de la casa cuando me pareció oír a mi madre llamándome varias veces. La escuché claramente, sin ninguna duda, era su voz, pero hacía ya un par de horas que se habían marchado.

-Interesante.- el doctor se paró a reflexionar y después de unos momentos continuó.

-Amigos míos, creo que yo ya no puedo ayudarlos realmente. Mi recomendación es que pidan una consulta en el hospital psiquiátrico.

-¿El hospital psiquiátrico? ¿Cree que es tan grave?-

-No tengo idea de qué tan grave sea. Lo que sí sé es que yo no puedo hacer mucho por ti. Seguramente ellos sí podrán ayudarte. Al llegar, pregunta por el doctor Félix Torres. Es un viejo amigo mío. Ya verás que te atiende bien.

-De acuerdo, doctor. Muchas gracias por todo.

-No hay de qué. Por favor mantenganme al tanto de todo. Mándale un saludo a tu padre de mi parte, Nico. Adiós y mucha suerte.

Nuevamente nos acompañó a la salida y cerró la puerta detrás de nosotros. Le propuse a Hilde que antes de ir al hospital pasáramos a desayunar a su restaurante favorito. Tomamos una ensaimada rellena y una taza de café cada uno. Ninguno de los dos decía nada. Comí con toda la lentitud de que fui capaz. La verdad era que no sentía ilusión alguna con la idea de ir a ningún hospital, mucho menos al hospital psiquiátrico.

Llegamos al hospital poco antes de las doce del día. Entramos al edificio por la puerta principal. Había pocas personas en la recepción. La recepcionista era una enfermera robusta y de expresión dura. Estaba revisando unas notas. Hilde se acercó al mostrador.

-Buenos días,- saludó con su dulce voz.

-Tardes- la corrigió groseramente la recepcionista sin levantar la vista.

-Perdón. Buenas tardes.- contestó sin perder la paciencia -Quisiéramos ver al doctor Félix Torres. Es para una consulta.

-¿Nombre?

-Nicolás Cabrera.- contesté desde atrás.

-¿Tienen cita?- preguntó aún sin voltear a ver.

-No, no tenemos.

-Veré si está disponible. Tomen asiento- dijo tomando el teléfono, sin dejar de ver sus notas y señalando una esquina del vestíbulo con unas cuantas sillas y un letrero colgado en el techo que leía: “Sala de espera”. Obedecimos y fuimos a sentarnos.

Alguna que otra persona esperaba también. Una pareja estaba sentada con globos y un pastel de cumpleaños. Una ancianita dormía plácidamente con el mentón apoyado en el pecho y los brazos cruzados. La atmósfera del lugar era lóbrega y un poco deprimente. No me gustaba ese lugar. Las paredes y las batas blancas siempre me hicieron sentir nervioso. Me sentía sumamente incómodo. Comencé a sentir un ligero dolor en la sien y la cabeza me empezó a dar vueltas. El recuerdo de la



imagen deformada de mi madre me asaltó de pronto. De nuevo escuchaba su voz en mi cabeza, repitiendo “¡Tienes que vengarme! ¡Mátala!” una y otra vez. La vista se me nubló y comencé a desmayarme.

-¿Señor Cabrera?- gritó la enfermera.

-¿Sí?- dije saliendo de mi trance.

-El doctor Félix lo verá ahora. Pase por aquí.

Nos levantamos rápidamente. La enfermera nos llevó a través de una puerta blanca como todo lo demás, luego por un pasillo largo, otra puerta a la derecha y finalmente llamó a una puerta de madera.

-¡Adelante!- se escuchó una voz desde dentro.

-¿Doctor? El señor Nicolás Cabrera viene a verlo.- dijo la enfermera abriendo la puerta a medias.

-Sí, claro, pase, señor Nicolás. Encantado de conocerlo. Soy el doctor Félix.

La enfermera se hizo a un lado para dejarnos pasar y cerró la puerta detrás de nosotros.

-Buenas tardes, doctor. Gracias por recibirnos. Le presento a Hilde, mi mujer.

-¡Vaya que es usted hermosa, señora Hilde! Estoy encantado de conocerla.

-El gusto es todo mío, doctor.

-Por favor, tomen asiento.- dijo señalando amablemente las dos sillas que teníamos enfrente.

La oficina en la que estábamos era igual de blanco que el resto del edificio y era tan pequeña que era más bien un cubículo. Un escritorio de madera con un ordenador y varios alteros de papeles ocupaba buena parte del reducido espacio. El doctor se acababa de parar de su silla de oficina para recibirnos. Detrás de él había un librero completamente ocupado por gruesos volúmenes. La repisa de abajo estaba llena de fotos, títulos y reconocimientos.

-Díganme. ¿En qué puedo servirlos? ¿Qué asunto los trae por acá?

Le dirigí una mirada de súplica a Hilde. Ella me sonrió y comenzó a explicar.

-Bueno, doctor. Han estado pasando cosas muy raras últimamente. La madre de Nicolás murió apenas el viernes pasado. Naturalmente ha estado muy afectado, pero nos preocupa que ha estado teniendo pesadillas horribles y visiones espantosas que no tienen nada de normal.

Siguió explicándole todo hasta la noche del día anterior, cuando tuve el peor episodio de todos hasta ese momento.

-Ya veo. Dígame, ¿Cómo es que acabaron aquí? ¿No pensaron en consultar antes con su médico?

-Justamente de ahí venimos. Fuimos a ver al doctor Gaspar Lechuga la semana pasada, le dio unas instrucciones y le recetó una medicina a mi esposo, pero no funcionó. Hoy mismo fuimos a verlo otra vez, él fue quien nos mandó con usted.

-¡Gaspar Lechuga! ¿Cómo ha estado ese buen hombre? Hace años que no le veo ni el pelo.

-Está muy bien. Sigue teniendo su antiguo consultorio.

-Ese señor sí es uno de los buenos. Ojalá hubiera más como él. Pero discúlpenme, volvamos al tema. ¿Dicen que fueron a ver al doctor Gaspar?

-Así es.

-¿Le recetó una medicina a su esposo?

-Sí.

-¿Cuál?

-Hiloprenizol o algo así.

-Haloperidol- la corregí

-Eso es, Haloperidol.

-¿Lo tomó?

-Sí, lo tomé dos veces.

-¿Y aun así volvieron las alucinaciones?

-Habían desaparecido hasta ayer en la noche.

-De acuerdo. Señora, voy a tener que pedirle que me deje un momento a solas con su esposo. Tengo que hacerle unas preguntas.

Me volteó a ver dubitativa, como si no supiera si hacer caso o no. Le sonreí y asentí levemente para darle a entender que estaba bien. Se levantó, me dio un beso en la frente y salió a esperar fuera del cubículo.

-Muy bien, señor Nicolás. Voy a hacerle unas cuantas preguntas. Necesito que me conteste lo más sinceramente que le sea posible. ¿Está listo?- preguntó tomando una libreta y colocándose sus anteojos.

-Listo.

-Muy bien, primero que nada, dígame, ¿Cuántos años tiene?

-Veinticinco.

-Ajá. - murmuró mientras anotaba. -¿Es la primera vez que experimenta alucinaciones de algún tipo?

-Hace un par de años escuché claramente la voz de mi madre llamándome, pero fuera de eso nunca había tenido ninguna alucinación.

-¿Se ha sentido más cansado de lo normal últimamente?

-No que yo recuerde.

-Pues intente recordar, es importante.

Lo pensé un momento y luego contesté.

-Ya que lo pienso, sí he estado cansado. Me he estado quedando dormido en las juntas desde hace varias semanas.

-De acuerdo, ¿ha sentido dificultad últimamente para concentrarse o recordar cosas?

-Pues sí, ya lo ha visto. No recordaba mi cansancio en la oficina. Además, ahora que lo menciona, el otro día estuve media hora leyendo y releendo la misma página en mi libro sin lograr entender lo que leía.

-¿Se considera una persona violenta?

-Para nada, yo diría más bien que todo lo contrario. Siempre he sido una persona tranquila.

-¿Tiene o ha tenido algún tipo de adicción?

-En la universidad quizá tome demasiado alcohol una temporada, pero no era realmente un problema. Era más por un deseo de convivir y divertirme. Tonterías que hacemos los jóvenes.

-¡A quién se lo dice! Pero bueno, sigamos, ¿Alguien en su familia ha tenido algún tipo de enfermedad mental?

-No que yo sepa. Creo que uno de mis abuelos sufrió demencia, pero por lo demás no hay ningún tipo de antecedente.

-¿Está seguro? Escúcheme bien, esta es quizá la pregunta más importante de todas. La demencia de su abuelo puede tener implicaciones graves para usted. ¿Está usted seguro de que su abuelo sufrió demencia?

-La verdad es que no estoy seguro, pero si me da un momento llamaré a mi padre para preguntarle.

-Por favor.

Saqué mi teléfono celular del bolsillo de mi abrigo y marqué el número de mi padre. Me contestó rápidamente.

-Hola, hijo. ¿Está todo bien?

-Todo bien, papá, estoy aquí con el psiquiatra. Me está haciendo algunas preguntas. Necesito tu ayuda con una de ellas.

-Claro, hijo. Dime de qué se trata.

-¿Sabes si mi abuelo Rafa sufrió demencia?

-Así es, por desgracia, desde joven. Murió antes de tiempo por culpa de esa maldita enfermedad. Uno de sus hermanos también tenía una enfermedad mental, me parece que era psicótico.

-De acuerdo, gracias papá. Te llamaré cuando todo esto termine.

-Por favor, hijito. Mucha suerte.

Le colgué y confirmé con el doctor.

-Efectivamente, mi abuelo padeció demencia desde joven y uno de sus hermanos fue psicótico, también.

-Por el amor del cielo, esto es más grave de lo que yo creía.

-¿Qué es más grave de lo que usted creía?- pregunté preocupado.

-Nada, discúlpeme, me estoy adelantando. Continuemos, queda solo una pregunta. Dígame, ¿Tiene alguna alergia aguda o enfermedad crónica?

-Pues, tengo algo de asma. Es una cosa de familia, pero nunca me ha ocasionado problemas.

-Muy bien. Ahora deme un momento si es tan amable.

Me quedé sentado en silencio, muy nervioso, esperando. El doctor continuó haciendo unos apuntes y al terminar bajó la libreta y los anteojos.

-No voy a mentirle, Nicolás. Existe la posibilidad de que estemos metidos en una situación muy desagradable. Pero antes de darle una mala noticia, vamos a hacerle unos exámenes. Necesito una tomografía y una resonancia magnética. Por favor pase a recepción y dígame a la señorita que necesita esos estudios urgentemente. Le doy un formulario lleno con mi firma para que lo entregue ahí mismo. Una vez que estén listos los estudios pida que me los envíen a mí directamente- dijo, alargándome el formulario.

-¿De qué se trata?

-No sea impaciente, amigo mío. Vaya por esos exámenes y vuelva lo más pronto posible conmigo.

-De acuerdo, gracias doctor.

-Agradézcame luego. Corra por sus pruebas y regrese.

Salí en busca de Hilde. La encontré sentada en la recepción.

-Hola querida, el doctor me pidió que me hiciera unos estudios. Parece que tendremos que estaremos aquí un buen rato más.

-Vamos, te acompaño.- dijo levantándose en el acto.

Hice exactamente lo que me pidió el doctor. Nos acercamos, le pedimos los estudios a la enfermera, nos llevaron al área de estudios y me hicieron la tomografía y la resonancia magnética. En menos de dos horas estábamos de vuelta con el doctor Félix.

-Listo, doctor. Ya me hice los dos análisis. Me dijeron que le harían llegar los resultados por correo en cuanto estuvieran listos.

-Así es, me llegaron hace un minuto. Vamos a verlos.

Se puso de nuevo sus lentes y abrió las imágenes de los estudios. Estuvimos un rato ahí los tres, sentados en silencio mientras el doctor analizaba los resultados. La tensión aumentaba por momentos. Me estaba empezando a costar trabajo respirar. La preocupación y la ansiedad me hacían cerrar demasiado fuerte la boca. Me temblaban levemente las rodillas.

-Me parece que ya sé cuál es el problema- dijo de pronto el doctor. -, pero antes de saltar a conclusiones, me gustaría consultar con un par de colegas. ¿Pueden esperar unos momentos más?

-Claro que sí, doctor. Lo esperamos.

Salimos del cubículo y fuimos nuevamente a la sala de espera. Ya iba siendo hora de comer. Le pregunté a la recepcionista si tenían restaurante y me dio indicaciones para llegar a la pequeña cafetería que había en el hospital. Pedimos algo de comer y luego de terminar volvimos a sentarnos en el área de espera. Yo tenía los nervios de punta, y podía ver que mi esposa tampoco estaba exactamente tranquila. Pasaba el tiempo y no aparecía el doctor por ningún lado. Estuvimos ahí por un par de horas más. Hilde se había quedado dormida en mi hombro hace ya un rato. Finalmente me venció el sueño a mí también y me dormí encima de Hilde.

-¿Señor Nicolás? ¿Puede oírme? Despierte, por favor.- escuché de pronto la voz del doctor Félix.

-¿Eh? ¿Cómo?- desperté confundido. -¡Ah, sí! ¿Qué tal doctor? ¿Tiene noticias para mí?

-Así es, amigo mío, pero me temo que no son buenas. Por favor despierte a su esposa y acompañeme.

Desperté con todo cuidado a Hilde y seguimos al doctor de vuelta a su oficina. Ya dentro, nos invitó a tomar asiento. Se sentó en su silla y puso cara grave antes de empezar a explicarnos la situación.

-Escuchen, tengo malas noticias. Voy a ser completamente franco con ustedes. Los síntomas que presenta el señor Nicolás pueden significar muchas cosas. Inicialmente pensé que se trataría simplemente de un trauma temporal por la muerte de su madre, pero como me dijeron que el doctor Gaspar ya los había atendido y que incluso tomó Haloperidol un par de veces, esa posibilidad quedó descartada. Esa medicina es muy fuerte, no hay manera de que ninguna situación menor de alucinaciones hubiera persistido después de tomarla.

>>La siguiente opción a descartar es algún tumor cerebral, ya sea benigno o cancerígeno, o algún pequeño absceso, pero, después de ver los estudios pude comprobar que usted no tiene nada de esto. Por un lado, son buenas noticias, pues significa que no tiene cáncer, como me temía que quizá fuera el caso, pero por el otro, me temo que lo más probable es que usted esté presentando los primeros síntomas de la esquizofrenia. Puede ser que la muerte de su madre haya sido el detonante de todo esto. Lo consulté con varios de mis colegas para estar seguro antes de comunicárselos, y me temo que todos concluimos que eso es lo más plausible.

-¡Dios mío!- exclamó Hilde.

A mí me dio un vuelco el corazón.

-Las primeras etapas de la enfermedad suelen ser las peores. Las alucinaciones continuarán e incluso empeorarán si no comenzamos a medicarlo en seguida. Puede que incluso llegue a perder por completo el control sobre usted mismo, con resultados terribles para usted y los que lo rodeen.

>>Mi recomendación es que se dé de alta hoy mismo aquí, en el hospital psiquiátrico, y que permanezca internado por al menos seis meses, por su seguridad y la de su esposa. Si no lo hace puede tener un episodio violento de un momento a otro. Luego de este periodo podremos evaluar el progreso de su enfermedad y lo más seguro es que pueda volver tranquilamente a casa.

>>Sepa que nunca podrá curarse, pues es una enfermedad poco entendida, de la que no sabemos casi nada aún, pero con la atención adecuada se puede controlar bastante bien. Podrá seguir teniendo una vida bastante normal por el resto de sus días. Su estilo de vida no tiene por qué verse demasiado afectado por todo esto, pero debemos actuar ya mismo.

Hilde no pudo más. Se soltó a llorar ahí mismo. Yo también sentía ganas de llorar, de gritar, de golpear algo. ¿Por qué me tenía que pasar algo así a mí?

-¿Dice que hoy mismo, doctor?

-Hoy mismo. Le aconsejo que vaya a casar a hacer su equipaje como si fuera a salir de viaje unos días y que vuelva en seguida a internarse. No se preocupe, señora- dijo dirigiéndose a Hilde -, podrá visitarlo dos veces por semana y yo personalmente la mantendré informada de su situación

en todo momento. Lamento mucho que les suceda algo así, especialmente en un momento tan duro.

-De acuerdo- dije controlándome lo mejor que pude -, volveré hoy mismo, al anochecer.

-Perfectamente, aquí lo esperamos. Me aseguraré de que lo reciban bien, señor Nicolás.

-Muchas gracias, doctor. Hasta entonces.

Me levanté, tomé suavemente a mi esposa de los brazos y me la llevé conmigo. En el camino de regreso fui yo el que condujo, Hilde estaba demasiado afectada para hacerlo. Ninguno de los dos dijo nada. No sabíamos que decir.

Al llegar a casa eran ya las cinco de la tarde. Antes que otra cosa, le hablé a mi padre y le expliqué la situación. Quiso venir a verme, pero le pedí que no lo hiciera. De cualquier forma, tenía que salir de vuelta para el hospital en poco tiempo si quería llegar antes del atardecer.

También tenía que dejar las cosas claras en mi trabajo. Llamé a mi jefe y le expliqué la situación.

-Nico, siento mucho oír eso, pero dadas las circunstancias, vamos a tener que dejarte ir. Te deseo la mejor de las suertes.

-Pero, no puedes hacerme eso. ¿Qué no me escuchaste? ¡Me estoy volviendo loco! ¡Necesito tratamiento urgentemente! ¿Te digo que tengo que internarme y tú me despides?

-Escucha, Nico- dijo al teléfono -. Lamento mucho lo que te está pasando, en verdad. Realmente quisiera poder decirte que vamos a esperarte, pero tú sabes que eso no es posible. Tu posición es muy importante en la empresa y te necesitamos. Si tienes que irte por varios meses, no tengo otra opción que despedirte y buscar a alguien más. Si llegas a recuperarte, búscame. Te prometo que intentaré ayudarte a encontrar otra posición.

Corté la llamada sin contestar. Estaba devastado. Esta maldita enfermedad no hacía más que comenzar y ya estaba destrozando mi vida.

Tomé una maleta y me puse a hacer el equipaje como hacía siempre antes de un viaje de negocios, la diferencia era que ahora el viaje no sería muy lejos y las circunstancias eran bastante más sombrías.

Hilde se me quedó mirando todo el rato con los brazos cruzados y la cara triste, sin moverse, sin decir nada, sin pestañear siquiera. De vez en cuando alguna lágrima caía por su mejilla. Cuando terminé de empacar me levanté y le di un abrazo a mi querida esposa que ella me regresó en silencio. Nos quedamos así, abrazados, hasta que dieron las seis de la tarde. Era momento de partir. Subimos nuevamente al coche y partimos hacia el hospital psiquiátrico una vez más. Al regreso, mi esposa iba sola, llorando completamente desconsolada.

Me recibió el propio doctor Félix. Amablemente me llevó hasta la entrada del área de internos de

psiquiatría y me acompañó durante todo mi registro. Me hicieron llenar varias formas y al final me pidieron firmar una declaración de internamiento voluntario y otra en la que aceptaba cumplir con el reglamento del hospital. Al terminar me dieron un número de cuarto, una copia del reglamento, un folleto explicativo y una barra de jabón. El guardia de la entrada abrió la reja y me dejó pasar. La enfermera que me tomó los datos entró conmigo y el guardia se unió también a la comitiva después de haber cerrado la reja detrás de él.

-Mucha suerte, Nicolás. Espero que pueda dormir bien esta noche. Nos veremos seguido por aquí. Mañana mismo en la tarde pasaré a ver cómo le está yendo.- se despidió y me dejó con el guardia y la enfermera.

-Si es tan amable de seguirme, lo llevaré a su habitación.- me indicó la enfermera.

-Claro que sí, gracias.

Subimos hasta el tercer piso, entramos a un largo pasillo de habitaciones y al llegar a una de las últimas abrió la puerta y me hizo un ademán para que entrase, dejándome espacio para pasar.

-Le informo que por la seguridad de los pacientes y de todo el personal, las puertas de los dormitorios se cierran con llave por fuera durante la noche. Si tiene alguna emergencia, puede presionar el botón de auxilio que está junto a la puerta.

-Muchas gracias.

-Una cosa más, el doctor me indicó que le administre sus primeras medicinas antes de que fuera a dormir.- me dio un par de pastillas y un vaso con agua. -Por favor tómelas ahora.

Obedecí rápidamente y me pasé las dos pastillas con un solo trago, luego le devolví el vaso vacío.

-Que pase buena noche.- dijo cortantemente y cerró la puerta detrás de ella.

Encendí la luz de la pequeña lámpara que estaba junto a la cama. El lugar era pequeño pero agradable. Había una mesa con su silla metida en una esquina de la habitación y un pequeño armario. La cama era pequeña pero buena. El colchón no resultaba demasiado incómodo. Tenía dos grandes ventanas de grueso cristal, una que daba al pasillo del hospital y otra con vista directa al campo, al estar en las afueras de la ciudad, el hospital estaba rodeado de naturaleza. También contaba con un pequeño baño propio. Las paredes eran blancas como todo lo demás en ese lugar, pero los muebles y un pequeño y alegre cuadro colgado sobre la cabecera de la cama ayudaban bastante a mejorar el ambiente. Parecía más la habitación de un pequeño hotel de cuatro estrellas que la de un pabellón psiquiátrico. La única peculiaridad era que no había espejos y todas las esquinas estaban rebajadas, tanto las de las paredes como las de los muebles. Tengo que admitir que más bien esperaba algo así como una camisa de fuerza y una habitación con paredes acolchadas.



Me acosté para intentar dormir, pero me era completamente imposible. Estaba deprimido y temeroso de lo que fuera a pasar. Me sentía más solo que nunca en la vida. Saber que estaba encerrado en ese cuarto no ayudaba a calmarme. Pensaba también en mi pobre Hilde. ¿Cómo se debía de sentir ella? De un día para otro se había enterado de que su esposo estaba loco. Para mí ya era bastante difícil, no podía ni siquiera imaginarme lo que le debía de estar costando a ella. Finalmente hicieron efecto las medicinas que me hicieron tomar y caí profundamente dormido.

## EN EL HOSPITAL

Me acostumbré rápidamente a la rutina del hospital, que funcionaba como reloj suizo. Todos los días pasaban a despertarnos a las ocho de la mañana y me tomaba mi primera dosis del día. El desayuno lo servían de nueve a diez y luego me daban la segunda pastilla. Luego teníamos el resto de la mañana libre. A los pacientes más graves los ponían a tomar el sol o los paseaban por los pasillos y el jardín, muchos en silla de ruedas, otros completamente inmóviles, la mayoría con la mirada perdida.

También había oficios y talleres de libre inscripción para todos los interesados. Yo me sentía aletargado o mareado o las dos cosas la mayor parte del tiempo, por culpa de las medicinas, pero los momentos en los que me encontraba mejor me gustaba ayudar con la jardinería. Éramos tres o cuatro los que participamos, con el jardinero del hospital a la cabeza del grupo.

A las dos de la tarde llamaban a comer y volvían a medicarme y a las tres era hora de la siesta. Por la tarde nos dejaban leer o mirar la televisión y a las siete y media tomaba mi última medicina antes de ir a la cama. Para las ocho ya estábamos todos encerrados en nuestras habitaciones y antes de las diez se apagaban las luces.

La enfermera que se encargaba de mí se llamaba Greta. Era una mujer grande y robusta, de cara bonita y rechoncha. No era nada simpática. Era hija de unos inmigrados alemanes y nunca se casó. Eso es todo lo que jamás supe de ella. Era más fácil iniciar una conversación con las rocas. Mis únicas interacciones con ella eran a la hora de tomar las medicinas. Me daba las pastillas correspondientes con un vaso de agua para pasarlas, yo las tomaba, le daba las gracias y ella se alejaba rápidamente con el vaso vacío en la mano. También me regañaba ocasionalmente por una y otra tontería. Alguna vez se puso a gritarme por no hacerle caso de inmediato cuando me llamó. Yo intentaba comprenderla y ser amable con ella. Seguramente tenía una vida muy difícil y por eso era tan gruñona.

Los guardias se portaban bastante bien en general, haciendo el trabajo que les tocaba e interactuando poco en general con los internos del hospital, con excepción de unos cuantos malditos inadaptados que maltrataban a algunos pacientes a espaldas de los médicos y enfermeros.

El doctor Félix pasaba a verme de vez en cuando. Era un hombre sumamente inteligente y amable.

Preguntaba por mi salud y mi estado de ánimo. Siempre me aseguraba que todo iba viento en popa con mi caso y que seguramente podría salir de ahí incluso antes de los seis meses. Yo le decía que todo iba bien, le daba las gracias y también le preguntaba por su salud y su estado de ánimo. Con el tiempo nos hicimos buenos amigos. Ocasionalmente se quedaba a jugar una partida de ajedrez o a platicar un rato acerca de cualquier cosa.

Los momentos más felices eran los días de visita. Hilde llegaba puntualmente todos los sábados y los domingos a la una de la tarde y pasaba todo el rato conmigo hasta las cinco de la tarde. Incluso un par de veces me permitieron llevarla a una habitación aparte. A veces traía con ella a mi padre. Me daba gusto verlo, pero también me preocupaba. Cada vez lo veía más viejo y desgastado. Me asaltaba constantemente el pensamiento de que seguramente mi situación le añadía dolor a su ya lastimado corazón.

Así pasaron cuatro meses. Las pesadillas volvían ocasionalmente, más las alucinaciones pararon por completo. Dos veces por semana iba a terapia individual y una vez a terapia grupal. Las individuales me ayudaban bastante, las grupales me hacían agradecer mi situación. Había algunos casos muchos más terribles y desesperados que el mío.

Un pobre anciano creía que seguíamos en la revolución y que él era un prisionero de guerra. Tenía que estar acompañado de un guardia en todo momento porque constantemente se ponía violento. Otro señor en ocasiones perdía la memoria y tenía lagunas mentales. Se le olvidaba dónde estaba y cómo había llegado ahí. A veces contaba historias o preguntaba cosas sin sentido, como si había sido buena la cosecha del año o quién le había cortado el pelo al perro. De repente gritaba sin motivo alguno. Un joven, más o menos de la misma edad que yo, tenía accesos maníacos por momentos y llegaba incluso a tirarse al piso y convulsionar. Pensaba y hablaba como un niño pequeño y necesitaba ayuda para comer y par ir al baño. Como estos casos, había muchos más.

El peor de todos era un hombre de alrededor de unos cuarenta y cinco años llamado Adrián Rasthopoulos. Tenía la cara ligeramente deformada hacia arriba. Era increíblemente corpulento. Debía de medir más de dos metros y pesaba al menos unos cien kilos. Era de ascendencia griega y le decían Rodas, en honor al famoso Coloso de la isla griega. A simple vista parecía lúcido. Sin embargo, no dejaba de asegurar que lo habían secuestrado para llevarlo ahí. Creía que todo lo que se hacía en el hospital era parte de un experimento del gobierno y se la pasaba hablando de escapar cada vez que los guardias y las enfermeras se alejaban un momento. Era muy violento. En los cinco años que llevaba ahí, había golpeado a innumerables miembros del personal y mandado al hospital a tres guardias y a una enfermera, que casi no vivió para contarlo. Él estaba siempre acompañado por dos guardias armados con porras. Lo medicaban más que a cualquiera de nosotros. Le administraban Clorpromazina tres veces al día para mantenerlo controlado. La

Clorpromazina es un antipsicótico muy fuerte que provoca sueño y sopor. Puede que hayáis escuchado de ella con el nombre de Thorazine.

En las comidas, a veces me sentaba cerca de Rodas. Siempre intenté ser amable con él, aunque nunca olvidé que era un sujeto temible y peligroso y realmente no buscaba mucho su compañía. Sin embargo, una tarde de terapia grupal, para mi desgracia, me gané su confianza sin quererlo. El médico psiquiatra estaba haciendo las preguntas de rutina antes de pasar a compartir nuestras experiencias personales.

Se trataba de un interrogatorio que hacían todo el cuerpo de médicos y enfermeros a los pacientes de manera constante. Las preguntas eran simples, pero sus respuestas arrojaban una gran luz sobre el estado mental del paciente. Generalmente eran tres: “¿Dónde estás?”, “¿Sabes que estás enfermo?” y por último “¿Te has intentado lastimar o has intentado lastimar a otros?”. Sobre estas tres preguntas, los médicos hacían la evaluación básica del desarrollo del paciente. Yo contestaba bien cada vez, o al menos eso creo.

Cuando le llegó el turno a Rodas, al preguntarle “¿Dónde estás?” contestó

-Estoy en un lugar del demonio con unos imbéciles de supuestos doctores y unos lameculos malparidos de guardias.

Uno de los guardias que estaba detrás de él le soltó un revés con la palma abierta.

-Atrévete a hacer eso otra vez, idiota.- lo retó el gigante apretando los dientes.

-¿Qué dijiste, engendro?- preguntó el guardia furioso, tomando la porra en actitud amenazante.

-Dije, atrévete a hacer eso otra vez, i-d-i-o-t-a.- contestó levantándose.

-Interno, vuelve a tu asiento ahora mismo, por favor.- le pidió el otro guardia de la manera más calmada que pudo, tomando también la porra preventivamente.

-¿Por qué ustedes siempre quieren decirme qué hacer? Hijos de perra, pongan la cara, les voy a enseñar ahora mismo quién manda aquí.

Rodas levantó los puños y los guardias levantaron las porras. Un grito ahogado surgió de las gargantas de todos los demás presentes. Unos instantes antes de que comenzara la acción, algo se apoderó de mí y brinqué en medio de uno y los otros.

-¡Basta! ¡Rodas, no vale la pena! ¡Piénsalo! ¿Quieres que te vuelvan a encerrar por una nonada así? Déjate de tonterías y vuelve a tu asiento. En cuanto a vosotros, ¿No se supone que saben lo que hacen? Señor Pérez- dije volteando a ver al que había golpeado a Rodas -¿Qué manera tan poco profesional de comportarse es esa? ¿Se pone al tú por tú con un enfermo mental? Cállese de una buena vez y deje de buscarle las cosquillas al tigre.

Para mi sorpresa, me obedecieron en el acto. Rodas volteó los ojos, apretó los puños y volvió a sentarse en silencio con el ceño fruncido. Los guardias guardaron las porras y regresaron a su posición inicial detrás del gigante. El señor Pérez bajó la cabeza, apenado por su comportamiento. Después de comprobar que se habían calmado las cosas, volví a mi lugar. Todos los demás, incluido el doctor, se me quedaron viendo boquiabiertos. Nadie podía creer lo que acababa de pasar, francamente, yo tampoco.

Más tarde, en la comida, se me acercó Rodas.

-¿Puedo sentarme?- preguntó amablemente.

-Por favor.

-Hoy te portaste como un valiente.

-¡Bah, no tiene importancia! Solamente quería evitar un numerito.

-No, lo digo en serio. Fue muy impresionante la manera en la que detuviste la pelea. Te lo agradezco, estuve a punto de cometer un error terrible.

-En verdad no hay nada que agradecer.

-¡Claro que sí! Y ahora que sé que eres de confianza, puedo contarte mi plan.

-¿Tu plan?

-Así es, mi plan. Voy a salir de aquí. ¿Qué dices? ¿Te unes?

Me dio miedo contradecirlo en ese momento, así que le seguí la corriente.

-Me gusta la idea. Cuéntame más.- dije fingiendo interés.

-Escucha. Hace unos meses, me ofrecí voluntario para limpiar el piso de la cocina. Desde hace un tiempo estaba bastante seguro de que la puerta junto a la cocina por la que dejaban entrar al cocinero y los proveedores era la mejor opción para salir de aquí. Está en la parte de atrás y casi no hay cámaras en esa zona. Tuve la oportunidad de analizar la situación con detenimiento. He llegado a la conclusión de que el mejor momento para intentarlo es por la noche. Los guardias están más distraídos y confiados que el resto del día, los demás pacientes ya están encerrados cada uno en su habitación, los médicos ya se han ido a sus casas y todos los enfermeros y enfermeras están demasiado ocupados asegurándose que todo esté en orden al final del día.

-¿Y cómo piensas salir?- interrumpí.

-Es fácil. Los guardias estarán desprevenidos, así que podré despacharlos sin ninguna dificultad.

-¿Matarlos?

-De ser necesario.

-¿No crees que es un poco extremo?- dije preocupado.

-No me importa si es extremo. Haré lo que tenga que hacer para salir de aquí. No estoy dispuesto a seguir soportando este encierro. No es mi intención terminar mis días en este laboratorio infernal del gobierno.

No sabía qué hacer con toda esta información. Podía intentar disuadirlo, pero no tenía manera de conocer cuál sería su reacción. Quizá se enfadaría y querría acabar conmigo también. Decidí que lo mejor era mostrarme de acuerdo por el momento y advertirle más tarde al director del ala de internos del peligro.

-Todo esto está muy bien, pero dime, ¿Cómo entro yo en la película?

-Sé que tienes más libertades que la mayoría de nosotros. Te dejan andar sin guardias alrededor y a veces incluso has podido salir a pasear. Te codeas con los doctores y las enfermeras y te has hecho amigos entre los que dirigen esta prisión. Tu tarea será conseguir la llave de la puerta. ¿Crees poder hacerlo?

-Claro, no hay ningún problema. La tomaré de la oficina del director. Voy a decirle que tengo algo importante que revelarle para que me haga llamar. ¿Vale?

-Vale.

-¿Cuándo lo haremos?

-En dos días, el viernes. Los guardias tienen noche de juegos y estarán más distraídos que nunca. Tienes hasta entonces para conseguir la llave.

-Muy bien, cuenta conmigo.

-Trato hecho. Venga esa mano, socio.- me ofreció la suya con una sonrisa en el rostro.

Nos dimos la mano y luego terminamos de comer en silencio. El corazón me latía con fuerza y las manos me sudaban y me temblaban tanto que me era difícil sostener los cubiertos. Intenté parecer lo más calmado posible para no levantar sospechas en mi nuevo socio. Gracias a Dios no notó que estaba nervioso, o al menos no le dio importancia. Al levantarnos me tomó del hombro y me guiñó un ojo. Yo intenté sonreír y luego me alejé lo más rápido que pude.

Cuando Greta llegó con mis medicinas de la tarde, la tomé por el brazo.

## EL ASUNTO RODAS

-Greta, escúchame, tengo que hablar con el director. Se está tramando algo terrible.

-¡Suélteme! ¿Qué está haciendo?- gritó haciendo aspavientos.

Se acercó el guardia que estaba de turno. Gracias al cielo era uno de los buenos, amigo mío en realidad.

-¿Qué sucede?- preguntó

Me apresure a tomar la palabra antes que la enfermera.

-¿Qué tal Hugo? Todo está bien. Asusté sin querer a la pobre de Greta. Escúchame, tengo algo importante que contarle al director.- continué sin darle tiempo a la mujer de intervenir. -Se trata de algo grave. ¿Puedes llevarme con él?

-Déjame ver qué puedo hacer.- se alejó con el radio en la mano e intercambió unas cuantas palabras con uno de sus compañeros.

Volteé a ver a Greta y le sonreí. Me dio las medicinas con cara de pocos amigos y cruzó los brazos, esperando que le regresara el vaso. Me tomé las medicinas y se lo devolví rápidamente. Lo tomó con rudeza y se alejó haciendo demasiado ruido con los pies. Toda una figura, esa mujer. Unos momentos después regresó Hugo.

-Dice que puede recibirte ahora mismo. ¿Vamos allá?

-Muchas gracias, Hugo. Vamos allá.

Al llegar a la oficina llamé a la puerta y saludé al director. Sin darle tiempo siquiera de regresarme el saludo, le conté todo lo que me dijo Rodas durante la comida. Cómo planeaba evadirse durante la noche, lastimando a los guardias e incluso dispuesto a matarlos.

-Gracias por venir directamente conmigo.- me dijo al terminar -En verdad te agradezco tu ayuda. No te preocupes, tomaremos medidas al respecto. En cuanto a ti, creo que puede decirse que necesitas un trago. ¿Quieres una taza de café?

-Francamente, preferiría un whiskey. En vista de que no puedo tomar alcohol por el momento, le agradecería más bien un té. Mis nervios ya están suficientemente alterados.

Me preguntó acerca de mi estado de salud y de ánimo. Le dije que estaba bien pero que cada día extrañaba más mi hogar. Al terminar le agradecí por el té y volví a la sala común. Faltaban solo unos momentos para el atardecer. Pedí permiso para retirarme a mi habitación antes de tiempo y me metí a la cama.

Me sentía enfermo. Las palabras de Rodas habían logrado afectarme bastante. El pobre hombre estaba verdaderamente perdido. No logré conciliar el sueño hasta bien entrada la noche. Volví a tener pesadillas. Mi madre nos perseguía a mí y a Hilde a través de un campo abierto. Corríamos y corríamos, pero no lográbamos perderla. Luego escuchaba la voz de mi madre, repitiendo una y otra vez: “Fue su culpa. Ella me mató. Tienes que vengarme. ¡Mátala!”

Pasaron varios días en los que el mal humor no me abandonaba. Sabía que la pesadilla podía ser algo importante y que probablemente debía mencionarla a mi terapeuta, pero también sabía que si lo hacía era muy posible que quisieran extender mi estancia en ese lugar. La última vez que me dieron mi informe médico me aseguraron que estaba en excelentes condiciones y que podría volver a mi hogar el mes siguiente. Si reportaba un evento así no iban a querer dejarme ir.

Tampoco había vuelto a ver Rodas por ningún lado, ni siquiera en las terapias de grupo. Desde aquella extraña conversación en la comida, el gigante había desaparecido. No podía evitar sentirme preocupado por él. Esa semana pasó a visitarme el doctor Félix. Aproveché para preguntarle por la situación del pobre tipo.

-¿Rodas? Ah, claro. ¿Te refieres a Adrián Rasthopoulos, no es así? Está bajo observación. Gracias a tu advertencia pudimos detenerlo a tiempo. Encontramos un cuchillo hechizo en su habitación. Los guardias que hubieran estado de turno vigilando en la noche del viernes probablemente te deben la vida.

>> Cuando le mostramos el cuchillo tuvo un ataque psicótico. Se enfureció y empezó a atacar a todos alrededor. Tuvimos que llamar refuerzos para lograr controlarlo. Lo sedamos y lo atamos fuertemente. Me recordó a un viaje de caza de rinocerontes que hice hace muchos años en África. Estuvo dos días más completamente fuera de sí, gritando y lanzando amenazas.

>> Ahora está un poco más estable, pero lo mantendremos unos días en observación. Dentro de poco podrá volver a la rutina normal. Te confieso que me extraña y me entristece que haya sucedido todo esto. Últimamente habíamos visto progresos con él. Comenzaba a tener esperanzas de que se recuperaría. Más, en fin, ¿Qué me dice de usted, Nico? Dentro de poco podrá volver con su esposa. Supongo que estará emocionado.

-No le voy a mentir, doctor. Estoy muy ansioso por salir de aquí y volver a la normalidad, bueno, a mi nueva normalidad. Supongo que de cualquier forma ya me estoy acostumbrando a los



medicamentos.

-Es verdad, olvidé decírselo. Al respecto de eso, tengo que darle unas buenas noticias. A partir de mañana, le he disminuido todas las dosis de Haloperidol y Clorpromazina. Ha reaccionado muy bien al tratamiento y me gustaría que intentaras vértelas con un poco menos de drogas.

-¡Vaya, qué alivio! No me molesta nada la idea de sentirme un poco menos mareado.

-Muy bien, Nico. Lo dejo. Cuídese mucho.- se despidió.

-Muchas gracias, doctor. Hasta pronto.

El resto del día pasó como cualquier otro en ese lugar. Me preocupaba lo que acababa de decirme el doctor. Estaban a punto de reducirme las dosis y al mismo tiempo volvía a tener pesadillas. Empecé a reconsiderar, quizá sería mejor contar toda la verdad y quedarme un tiempo más en aquel lugar. Me fui a la cama con esta idea dando vueltas en mi cabeza. Quería llevar bien mi enfermedad, pero también quería volver ya mismo a mi hogar, con mi esposa. El debate continuó un buen rato en mi mente antes de que lograra conciliar el sueño.

Dos días más tarde, aún no me había decidido a contarle al terapeuta sobre mis pesadillas. Me resultaba demasiado difícil renunciar a mi libertad ya tan próxima. Ese mismo día, en la terapia de grupo, volvió a aparecer Rodas. Ahora lo acompañaban tres guardias, a pesar de que se veía bastante más sereno que otras veces. Me dio gusto volver a verlo en circulación. Intenté saludarlo, pero no pareció darse cuenta, pensé que quizás estaría muy drogado.

En la comida busqué sentarme con él. Quería estar seguro de que estaba bien. Me sentía un poco responsable por él.

-¿Qué tal Adrián? - lo saludé mientras me sentaba a su lado.

No hubo respuesta ni siquiera volteo a verme.

-¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

-¿Y a ti que te importa? - me contestó finalmente en tono cortante.

-¡Vaya! ¿A qué se debe ahora tu mal humor?

-¿Qué a qué se debe? -repitió la pregunta— no te hagas el tonto, sabes perfectamente a qué se debe.

-Querido amigo, te aseguro que no sé de qué me estás hablando. -por supuesto que sabía perfectamente de que estaba hablando.

-Hablo de que me traicionaste. ¡Me vendiste, judas!

-¿Yo? Sabes que nunca haría algo así.

-Lo único que sé es que me equivoqué al confiar en ti. Estaba a punto de lograr salir de aquí. Nadie sospechaba de mí, nadie sabía nada. De pronto, casualmente después de que te lo cuento todo, llegan por mí y me encierran y me amarran para torturarme por varios días.

-Te aseguro que yo no tengo nada que ver.

-Miénteme una vez más y tendré que arrancarte la cabeza ahora mismo.

-De acuerdo, lo admito. Fui yo quien les avisó sobre tu plan, pero, ¿es que se trataba de una locura! Lo hice por tu propio bien.

-Sí, ya puedes seguir diciendo eso. Mientras tanto, te recomiendo que duermas con un ojo abierto. Ya que por tu culpa no pude escapar, tú serás mi nuevo objetivo.

Luego de sus tranquilizadoras palabras, se levantó y me dejó ahí, pasmado. Estaba entre aterrorizado e incrédulo.

“¿Ahora qué?” pensé.

Tenía que hacer algo al respecto. No se me ocurría nada, así que pedí hablar otra vez con el doctor Félix. Cuando escuchó que tenía un problema vino a verme en vez de hacerme llamar.

-Gracias por venir tan pronto. - le dije agradecido en cuanto llegó.

-No se preocupe, aquí estaré siempre que me necesite. Ahora, dígame qué pasa.

-Pues que tengo un lío gordo y necesito su ayuda. Adrián se dio cuenta de que fui yo quien les advertió de su plan de escape y ahora quiere matarme.

-Eso sí que es un lío gordo. - dijo preocupado.

-Bueno, pues, ¿Qué haremos?

Se quedó pensativo un momento antes de contestar.

-Ya sé qué haremos. Será difícil para ti, pero debo pedirte que lo hagamos de esta manera. No puedo aislar a Adrián ni cambiarlo de grupo de terapia. Está demasiado inestable y necesito mantenerlo en el mismo lugar, si hago eso podría tener otra crisis psicótica grave. Tendrás que ser tú quien cambie de grupo y se aisle. Te voy a confinar a tu habitación por unos días. Solo saldrás a la terapia grupal, para la individual le pediré a tu terapeuta que vaya a tu cuarto.

>> Sé que no te agrada la idea, pero será solo por unos días, en lo que pienso en qué hacer con Adrián. Le pediré además a una enfermera que lo vigile en todo momento junto con los guardias y que tenga siempre a la mano una inyección sedante. No te preocupes demasiado, solo intenta no volverte loco.

Le lancé una mirada desdeñosa.

-¿Por qué me mira así? ¿Qué dije?- preguntó extrañado, pero rápidamente se dio cuenta de su error. -¡Oh! Lo siento mucho. No quise decir eso... - intentó disculparse apenado- Yo, bueno, ya sabe...

No pude reprimir una carcajada. El doctor se relajó por fin y se unió a mi risa.

Así comenzó mi nuevo encierro dentro del encierro. Estaba todo el día en mi habitación. Al inicio no me molestaba demasiado. Me resultaba incluso cómodo, era bastante agradable que me llevaran las comidas a mi habitación. Sin embargo, en ningún momento dejé de sentirme nervioso. No podía dejar de pensar en Rodas y su amenaza. Desde la primera noche regresaron las pesadillas con toda su fuerza. Otra vez comencé a escuchar la voz del fantasma de mi madre.

Lo peor sucedió una noche en la que no podía dormir. La cantinela de la venganza no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. De pronto abrí los ojos y vi a mi madre, justo encima de mí. Estaba más deforme que nunca, y me sujetaba con fuerza los brazos. Entonces empezaron a surgir más figuras de la noche. De uno en uno, me fueron rodeando unas sombras demoníacas. Cuando estuve completamente encerrado entre esas visiones terribles, mi madre comenzó a reír con aquella carcajada de ultratumba. De nuevo en orden, las sombras que me rodeaban comenzaron a reír también con una voz profunda, más allá de este mundo.

Pasaron los días y aquella situación no parecía tener fin. Cada día aumentaba mi ansiedad, hasta que de pronto, una mañana desapareció por completo sin razón aparente. Ya no sentía miedo ni ansiedad, de hecho, no sentía nada. Perdí la noción del tiempo. Ya no sabía qué día era ni cuánto tiempo había pasado. Ya no esperaba a que llegara el doctor para decirme que podía salir. En el fondo, sabía que no podía ser buena señal. En la siguiente visita de mi terapeuta, lo platiqué con él. Finalmente lo conté todo. Le hablé de las pesadillas, de mi ansiedad y finalmente de mi nueva indiferencia hacia todo. Cuando terminé de hablar se quedó todavía un buen rato tomando notas a gran velocidad. Luego levantó la mirada y me dijo,

-Ciertamente nada de lo que me cuentas es bueno. Se trata de un importante retroceso de tu situación. Tengo que ser muy sincero contigo. Lo que estás experimentando actualmente, esa carencia de emociones, no es otra cosa que una depresión aguda. Es más peligroso de lo que parece, lo que sigue es que entres a otra realidad, a la de tu cabeza. Las voces comienzan a sonar más convincentes y empiezas a escucharlas y a creer que dicen la verdad. Tus alucinaciones se vuelven más reales y pierdes completamente la capacidad de distinguir entre lo que es real y lo que no lo es. Temo decirte que tendrás que quedarte más tiempo aquí. Habrá que volver a subir las dosis de todos tus medicamentos. Voy a reemplazar el Haloperidol con Aripiprazol y añadiré también Olanzapina para los síntomas generales.

>> Todavía no te preocupes demasiado. La realidad es que no es demasiado extraño todo esto,

considerando lo que te ha pasado últimamente, además de que has estado encerrado por tantos días. Lo bueno es que me lo comunicaste muy a tiempo. Podemos darle la vuelta al problema fácilmente mientras sigas al pie de la letra el nuevo tratamiento, no desesperes. Mientras tanto, ¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas más a gusto?

-No me molestaría salir a caminar un poco. Extraño sentir el viento en mi rostro y respirar el aroma de los árboles.

-Muy bien, veré qué puedo hacer.- dijo con una sonrisa –De momento, te recomiendo hacer un poco de ejercicio aquí en tu habitación, puede hacer maravillas por tu estado mental.

-De acuerdo, seguiré tu consejo.

Desde ese día, me dieron permiso de salir a pasear por los alrededores muy temprano en la mañana, siempre acompañado de un guardia. Poco a poco, con los nuevos medicamentos, el ejercicio y el aire del campo, comencé a sentirme nuevamente dueño de mí mismo. Las pesadillas volvieron a desaparecer e incluso dejé de sentir ansiedad. Ya no pensaba demasiado en Rodas y cuando lo hacía, no me llenaba de temor como antes. Lo único que ensombrecía mi ánimo era que mi estancia en el hospital psiquiátrico se vería alargada por otros cuatro meses.

Una noche, mientras tomaba la cena en mi habitación, me pareció escuchar ruidos extraños en el pasillo. La puerta estaba cerrada así que no podía salir. Intenté asomarme por la ventana para ver si lograba darme cuenta de qué pasaba ahí afuera. De pronto, un banco de metal voló hacia mi ventana y la golpeó estrepitosamente. Al ser un vidrio muy grueso, no se rompió, pero no por eso dejó de darme un muy buen susto.

Entonces apareció Rodas por el lugar del que había volado el banco. Tenía los ojos inyectados de sangre y la expresión más furiosa que le hubiera visto jamás. Recogió el banco y sin mediar palabra comenzó a arremeter contra el vidrio una y otra vez. El miedo me paralizó por completo, no sabía qué hacer.

Intenté calmarme un poco, pensando que el vidrio era resistente y que seguramente resistiría los embates del gigante, pero justo en ese momento uno de los golpes hizo crujir el vidrio y éste comenzó a agrietarse. Ahora sí el pánico se apoderó de mí. El cristal se debilitaba un poco más con cada nuevo ataque.

“¿Cómo es esto posible? No hay manera de que se haya librado de todos los guardias y de la inyección de la enfermera. Quizá me lo estoy imaginando. Debe tratarse de una nueva alucinación.” pensé para mis adentros.

Finalmente, el cristal cedió y un pedazo de vidrio roto fue a enterrarse en mi cara, justo debajo del pómulo izquierdo, convenciéndome de que aquello era real. No fue sino hasta ese momento que

recordé el botón de pánico. Corrí a la puerta y lo oprimí con todas mis fuerzas varias veces seguidas, antes de que Rodas me tomará por el pie asomándose por la ventana rota.

-¡Haz las paces con tu dios, maldito traidor!- me gritó.

-¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes!- grité de regreso, completamente desesperado.

Logré conectarle un buen puntapié en plena nariz con la pierna libre. Soltó un aullido escalofriante y tiró de mí con toda su furia, haciéndome caer al piso con fuerza. Aturdido, intenté levantarme mientras Rodas entraba por el hueco de la ventana, sin que parecieran importarle los cortes que le hacían los cristales rotos o la nariz rota y sangrante por efecto de mi patada. Apenas me había logrado levantar cuando un gancho al hígado me hizo caer de rodillas. Levanté la vista, suplicante.

-¡No lo hagas Adrián! ¡No tienes que hacer esto! ¡No te manches las manos con mi sangre!

Un formidable puñetazo en la quijada me hizo callar.

-Tú solo te provocaste esto. Me traicionaste y ahora cobro mi justa venganza.

Me sujetó del cuello con un brazo y levantó el otro, listo para asestar el golpe mortal. Cerré los ojos temblando de miedo y desesperación. Me llenó de tristeza el recuerdo de mi hermosa Hilde. Por culpa de un mastodonte loco de remate, no podríamos volver a estar juntos nunca más. Aquí acababa todo.

Escuché entonces unos gritos en el pasillo. De pronto, la presión de la manaza del gigante sobre mi cuello cedió, su expresión furiosa se tornó somnolienta y cayó de espaldas al piso cuán grande era. Detrás de él vi a una enfermera, sosteniendo a una jeringa vacía en la mano. ¡Estaba salvado! Quería gritar de felicidad. Intenté levantarme, pero al hacerlo, se me nubló la vista, perdí el control de mis piernas y caí de bruces al piso, perdiendo el conocimiento.

## BUENAS NOTICIAS

Cuando desperté, estaba en una cama de hospital. Tenía el cráneo vendado y un brazo enyesado, además de un collarín que me inmovilizaba el cuello. No podía ver con claridad, pero me pareció ver a Hilde a mi lado. Estaba dormida sobre una silla, con la cabeza ladeada y los brazos cruzados. Verla así me enterneció. En ese momento se juntaron en mi ser todos los sentimientos; El terror de casi morir aplastado por Rodas, la alegría de haberme salvado por los pelos, la impotencia ante mi locura, el deseo de volver con mi esposa y la ternura de verla ahí, a mi lado, esperándome. Me sentí completamente abrumado por las emociones y comencé a llorar como un chiquillo.

Hilde se despertó sobresaltada al oírme gemir. Se levantó y acercó su rostro al mío. Olía a jazmines, como siempre.

-Eres muy hermosa, ¿Lo sabes?- dije llorando aún. Ella me iluminó con su sonrisa.

-Pero, ¿Qué te pasa, bobo? ¿Por qué lloras?- me preguntó tiernamente.

-No puedo creer lo hermosa que eres.

-De acuerdo, ahora sí se ve que estás loco.- se burló.

Yo me reí con ella, pero sin dejar de llorar.

-Ya, en serio, amor, ¿Qué tienes?

-No lo sé. En verdad que no lo sé. Ya estoy harto de todo. Quiero irme de este lugar del demonio. Quiero ir a casa contigo.

-Eso es exactamente lo que harás.- dijo el doctor Félix, que acababa de entrar a la habitación.

-¿Cómo?

-He dicho que irás a casa.

-¿En verdad, doctor?

-En verdad.- continuó con una sonrisa -Dada la situación con Rodas, y tomando en cuenta que eres un auténtico modelo de paciente, hemos decidido dar por terminado tu internamiento en este

hospital. En cuanto te recuperes, puedes volver a casa. Solamente te pediré que no dejes de venir a terapia una vez a la semana y que sigas tomando todos tus medicamentos. No nos has causado problemas aquí y no veo que vayas a causar ninguno allá afuera.

-¡Gracias, doctor! ¡Gracias en verdad!- mis lágrimas se volvieron ahora de verdadera alegría. - Me levantaría a abrazarlo, pero me duele demasiado la espalda como para intentar moverme.

-La intención es lo que cuenta.- contestó alegremente.

-Oiga, doctor, dígame, ¿Qué pasó con Rodas?

El semblante del doctor se ensombreció.

-Está muy mal. Nunca había tenido ataques tan seguidos. Parece que en verdad le afectó todo el asunto de la fuga frustrada. Vamos a tener que ponerlo en observación controlada por varios días. Mucho me temo que está lejos de recuperarse.

Observación controlada quería decir que le pondrían una camisa de fuerza y lo meterían a uno de esos cuartos con paredes acolchadas que aparecen en las películas.

-Lo lamento mucho por él. Siento ser la causa de sus nuevas desgracias.- dije realmente apenado.

-No digas insensateces, por supuesto que no fuiste tú el que provocó todo esto. En todo caso, salvaste vidas, así que déjate de tonterías y no pienses más en ello.- miró el reloj -Mientras tanto, he de dejaros. Me esperan para una junta. Espero que te recuperes pronto, Nico.

-Muchas gracias. Yo también lo espero.

Nos dejó a solas a Hilde y a mí. Yo estaba loco de alegría. Quería brincar de la cama y abrazarla, besarla, sentirla. Las vendas y el yeso se sentían como las cadenas más crueles del mundo, que me separaban del amor de mi vida.

-No sabes cuánto te amo.- le dije de todo corazón.

-Sí, lo sé.- me contestó con esa su sonrisa que me desarmaba por completo.

-Ven aquí, acuéstate a mi lado.

-Pero si no hay sitio en esa cama para mí.

-¡Bah! Claro que sí. Mira, me hago a un lado y ya tienes lugar aquí, junto a mí.

Se acostó a mi lado lo mejor que pudo y me acurruque junto a ella. Me quedé dormido así, sumergido en la paz más completa, sabiendo que pronto estaría en casa. Por primera vez en mucho tiempo, tuve un buen sueño. Estaba en el hospital con Hilde, pero ahora era ella la que estaba en cama. Acababa de tener un bebé y el doctor lo ponía en mis manos para que lo sostuviera. Era un bebé hermoso, una niña, una pequeña hermosísima. Hilde estaba más radiante que nunca.

## LA VUELTA AL HOGAR

El día anterior a mi partida del hospital, no pude dormir en absoluto. Mis maletas estuvieron listas desde antes de irme a la cama y me les quedé viendo buena parte de la noche. Me pasé todo el rato reflexionando. En verdad que era afortunado. Sí, es verdad, estaba loco, pero cuántos más no había que estaban en una situación más desesperada que la mía. Mi estancia en el hospital fue una lección en varios sentidos.

En ese lugar dejé de sentirme miserable por mi enfermedad, realmente no tenía derecho. Yo solo tenía que quedarme unos cuantos meses para controlar mi esquizofrenia, mientras que otros pasarían ahí el resto de sus días. Tampoco dejé de ser dueño de mí mismo a pesar de todo, cuando existían pacientes que no vivían ni siquiera en esta misma realidad. También estaba el pobre de Rodas y otros como él, que eran los que más sufrían. Estaban encerrados contra su voluntad, sin entender que estaban enfermos, que si los tenían en ese lugar era por su bien. Por encima de todo, yo podía ir a casa mañana mismo, mientras que todos los demás se quedarían ahí por quién sabe cuánto más. Era uno de los pocos afortunados.

Ahora que había terminado, me sentía agradecido con la vida por haberme permitido vivir esta experiencia. Sin duda alguna algo muy bueno saldría de todo esto. Para empezar, yo salía de ahí como una persona más paciente, tolerante, comprensiva y agradecida. Siempre he creído firmemente que las dificultades son el mejor motor para mejorar y salir adelante.

A la mañana siguiente, antes de que abrieran la puerta de mi habitación yo ya estaba arreglado y listo para salir de ahí con el equipaje en la mano. En el instante en el que se abrió la puerta, levanté en brazos a la enfermera responsable, gritando de alegría, y le di un gran beso en la mejilla. Un guardia me acompañó hasta la misma reja por la que había entrado tantos meses atrás. El chirrido de la puerta al abrir fue para mí más hermoso que el trinar de los pájaros. Nuevamente me hicieron firmar varios papeles; Una carta de liberación de responsabilidad, una declaración de que había sido bien tratado, un acuerdo de confidencialidad sobre lo que pasa con los demás pacientes, etcétera, etcétera, etcétera. En la recepción me estaba esperando el doctor Félix.

-¿Qué, Nico? ¿Listo para salir?

-Nunca había estado más listo para nada en mi vida.- le dije con una gran sonrisa.



-Todavía faltan unos minutos para que abran la puerta de entrada. Mientras tanto, déjame aprovechar para darte un par de consejos. Sé que estás muy emocionado por volver a casa, pero necesito que te mantengas siempre alerta. No olvides nunca que tu enfermedad es crónica y necesita tratamiento continuo. Nunca dejes de tomar tus medicamentos o podrás lamentarlo para siempre. No dejes de venir a terapia, y si llegaras a tener alguna recaída, vuelve inmediatamente para acá. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, doctor.- contesté, aunque en realidad no había puesto demasiada atención a lo que me decía. -Muchas gracias por todo. Gracias por haberme recibido tan bien y por haberme tenido tanta paciencia. Prometo que no dejaré de cuidarme.

-Muy bien, Nico. Me parece que ha llegado el momento de despedirnos, por ahora. Espero que podamos vernos de nuevo, en circunstancias más agradables.

-Delo por hecho, doctor. Uno de estos días lo invitaremos a cenar. Usted será siempre bienvenido en mi casa.

-Muchas gracias, Nico. Ahora, date la vuelta y mira quién está aquí.

Me giré hacia la entrada y vi a mi esposa afuera de la puerta de entrada.

-¡Hilde!

Me saludó efusivamente con la mano. Unos momentos después, llegó el guardia con las llaves y abrió la puerta principal. Corrimos el uno hacia el otro y nos fundimos en un abrazo.

En el camino de regreso no dejé de parlotear. Le volvía a contar a Hilde todo lo que había vivido dentro del hospital, le preguntaba sobre mi padre, sobre los suyos, hablaba sobre nuestras primeras vacaciones, sobre lo que haríamos a partir de ahora, sobre cuál sería mi nuevo trabajo, le propuse comprar un perro, luego me puse a hablar de razas de perro... No paré de hablar durante todo el viaje a casa. Estaba desbordante de alegría. Le propuse a Hilde que pasáramos a ver a mi padre. Seguramente le daría gusto verme de nuevo como hombre libre. Ella aceptó y cambiamos el rumbo hacia la casa de mi padre.

Al llegar toqué el timbre y unos momentos después se abrió la puerta. Mi padre tenía una expresión cansada que rápidamente se tornó radiante al verme ahí, parado delante de su casa. Nos hizo pasar y nos dio café y galletas. Luego insistió en que nos quedáramos al desayuno. Así lo hicimos. No tenía nada listo así que nos metimos todos a la cocina a preparar el desayuno. Luego comimos todos juntos y nos quedamos platicando hasta más allá del medio día. Mi padre había rejuvenecido al verme fuera del hospital. Lo guardo en mi memoria como un momento bellissimo.

Por la tarde, al llegar a casa, me llevé a mi mujer directamente a la habitación. Estuvimos juntos el resto del día. Al llegar la noche me quedé plácidamente dormido, con Hilde recostada sobre mi

pecho. Fue el sueño más reparador que tuve en un muy largo tiempo.

Fue así como comenzó mi regreso al mundo real. Rápidamente me adapté de vuelta a la vida cotidiana. Pasaron unas semanas en las que me dediqué a descansar. Lo siguiente era encontrar trabajo. Intenté buscar a mi antiguo jefe, pero ni siquiera contestaba mis llamadas. Era el momento de enfrentarme con otra nueva y dura realidad. Llamé a varios amigos y conocidos para pedir ayuda, pero nadie quería tener nada que ver conmigo. Todos se disculparon diciendo que no podían hacer nada por mí o se limitaban a negarme su ayuda terminantemente. No entendía por qué todos se estaban comportando de esta manera, hasta que Víctor, un viejo “amigo” particularmente honesto, me dijo,

-Nico, no quiero ofenderte, pero estás loco, literalmente. No pienso arriesgar mi reputación para darte trabajo, mucho menos otras vidas humanas. No creo que sea sabio de tu parte volver a la vida laboral. Retírate. Busca trabajos en línea. Haz lo que quieras, pero por amor de Dios, no te expongas ni expongas a los demás.

Colgué el teléfono con un porrazo.

“¿Conque de eso se trata?” pensé furioso “Nadie quiere darme trabajo porque estoy loco. Bien, pues no los necesito. Ya encontraré algo por mi cuenta.”

Pasaron varios meses y yo todavía no encontraba trabajo en ningún lugar. Hacía ya varios años que el país estaba en crisis y era muy difícil conseguir empleo, especialmente para los jóvenes. Comencé a pensar que tal vez Víctor tenía razón. Quizá era mejor que no me expusiera de nuevo al estrés de la vida laboral. Decidí hablarlo con Hilde para ver qué opinaba ella.

-Creo que puede ser que Víctor esté en lo correcto, mi amor. Quizá sería mejor que te quedaras en casa un tiempo, al menos hasta que estemos seguros de que tienes esta enfermedad completamente bajo control.

-¡Pero es que no puedo tenerla bajo control!- le grité -¡Soy esquizofrénico, Hilde! ¡Es para siempre!

-Lo sé, cariño- me dijo sin perder la calma -, pero sí puedes tenerla bajo control. Es cuestión de tiempo, esfuerzo y paciencia. Concéntrate en llevar bien el tratamiento y ya no te preocupes más por el trabajo. Eso será un problema para después. Nos alcanza de sobra con lo que yo gano. Deja que yo me ocupe de ti por un tiempo. Si es necesario iremos menos al cine por una temporada, no pasa nada.

Lo pensé un momento y luego contesté resignado

-De acuerdo.

Transcurrió un año completo en el que no se volvió a manifestar mi enfermedad. En todo ese tiempo no volví a trabajar más que en algunos pequeños proyectos que conseguí en línea. Me convertí en amo de casa. Yo cuidaba el pequeño jardín que teníamos atrás, arreglaba la casa y limpiaba los baños y el piso. Me dedicaba la mayor parte de mi tiempo libre a leer o a escribir. También me gustaba mucho salir a correr. Me agradaba mucho esta nueva rutina de tranquilidad, aunque no niego que extrañaba el trabajo. Deseaba constantemente volver a salir al mundo real.

El doctor Félix se hizo amigo de toda la familia. Una o dos veces al mes lo invitamos a él junto con mi padre a cenar. Las pláticas sobre política y economía se intensificaban aún más con la participación del buen doctor. A veces jugábamos al ajedrez después de la cena. Mi padre disfrutaba enormemente jugar contra el doctor. Ambos eran jugadores hábiles para los que yo no era un digno oponente. Hilde y yo nos quedamos hablando mientras ellos dos se enfrascaban en su contienda.

Así pasaban los días para mí, lenta y apaciblemente, sin ninguna gran novedad o acontecimiento. Todo transcurría siempre de la misma manera y, sin embargo, la rutina no me aburría. Disfrutaba mi nueva vida, sobre todo porque ahora podía pasar mucho más tiempo con Hilde que antes.

Cumplía al pie de la letra con mi tratamiento. Tomaba mis medicinas y asistía puntualmente a mis terapias. Con cada nueva sesión, el terapeuta me felicitaba por mi progreso y me aseguraba que iba por buen camino. Poco a poco se fue quedando atrás el horrible recuerdo del espectro de mi madre, las pesadillas, las alucinaciones, las amenazas, todo. Nuevamente tenía el control sobre mí mismo.

De nuevo comencé a buscar empleo. Finalmente, me contrató una importante casa de bolsa. Ni el puesto ni la paga eran demasiado buenos, pero yo lo tomé como si me acabaran de contratar como CEO de una gran empresa. Estaba más que encantado de poder volver a la vida laboral normal. Además, estaba seguro de que subiría rápidamente de puesto en mi nuevo trabajo.

Me pusieron en el área de inversiones alternativas. Mi jefe era un hombre de unos cincuenta y tantos y el resto de mi equipo de trabajo eran jóvenes más o menos de mi edad, excepto por un muchacho cacarizo que seguramente se acababa de graduar de la universidad. En general se trataba de gente agradable y trabajadora. Me encontraba muy a gusto en mi nuevo empleo.

Todo iba viento en popa.

## EL FINAL DE TODO

Una noche, de improvisto, tuve de nuevo una horrible pesadilla. Era la más espantosa hasta ahora. Estaba solo con mi madre, de vuelta en aquél horrible cuarto, solo que ahora la vi más serena. Nos mirábamos fijamente el uno al otro, hasta que empezó a caminar hacia mí. Se me acercó y me puso un enorme cuchillo de cocina en la mano mientras me acariciaba el rostro.

“Es hora.” Me decía “Tienes que hacerlo. Aprovecha ahora que duerme.”

De pronto cambiaba la escena. Estaba de pie en medio de mi habitación. Hilde dormía tranquila en su lado de la cama. Yo sostenía el cuchillo en mi mano. Me acercaba lentamente a la cama y le acariciaba el pelo y la cara a mi esposa para despertarla. Ella se despertaba extrañada.

“¿Pasa algo, cariño?” me preguntaba.

Entonces yo levantaba el cuchillo y se lo enterraba a mi hermosa Hilde en medio del estómago. Ella gritaba de dolor. Yo sacaba el arma mortal de su vientre y se la volvía a encajar, una y otra vez, una y otra vez, hasta dejarla completamente despedazada en medio de la cama empapada con su sangre.

Me levanté agitado, completamente bañado en mi sudor. Tenía la boca seca y la lengua se me pegaba al paladar. Volteé a verla y de inmediato me calmé un poco. Ahí estaba mi querida Hilde, tan hermosa como siempre. No sabía que hacer sin ella.

Bajé a la cocina por un vaso de agua y terminé abriendo una botella de vino. Luego de vaciarla por completo, me senté a sentir sus efectos en el sillón de la sala. Pasé un buen rato observando la habitación con detenimiento. Las cosas que había ahí me llevaron a un largo viaje por todos mis recuerdos. Estuve repasando también todo lo que había pasado durante los últimos años por culpa de mi esquizofrenia. Después de un par de horas, me levanté. Ya no sentía nada de sueño, pero sí un hambre feroz.

Recordé que aún teníamos algo de jamón serrano en la alacena. Tomé una hogaza de pan y saqué el jamón. Fui por el cuchillo grande que teníamos para este propósito, pero no estaba en su lugar. Lo busqué en la tarja y en otros cajones de la cocina, pero no aparecía. Intenté recordar si lo habíamos usado para alguna otra cosa. Dejé el asunto para después y tomé otro cuchillo del cajón

de los cubiertos.

Comencé a comer con gusto y me puse a tararear una cancioncilla que mi madre me enseñó cuando era pequeño. No sé si sería el hambre o alguna otra cosa, pero el jamón serrano nunca había tenido tan buen sabor en toda mi vida. Me sentía feliz conmigo mismo. Finalmente había logrado rearmar mi vida por completo. Además, la relación con mi esposa y con mi padre nunca había sido mejor. Todas estas peripecias me habían acercado a mi esposa y lograron destruir la pared de hielo que siempre había existido entre mi padre y yo. Todo había concluido con un final feliz.

Estaba a punto de terminar de comer. Planeaba salir a correr un rato antes del amanecer, luego tal vez vería un rato de televisión en lo que esperaba a que Hilde se levantara. Entonces me asaltó de golpe un presentimiento terrible.

“No, no es posible. Fue solo un sueño.” Me dije a mí mismo.

Pero de pronto me di cuenta de que no era solamente sudor lo que tenía en el pijama, también había sangre. La cabeza me empezó a dar vueltas. Corrí a toda velocidad escaleras arriba y hacia mi habitación para comprobar si mi horrible presentimiento era verdad. Al voltear a ver de nuevo a la cama, las lágrimas se agolparon en mis ojos y me nublaron la vista.

-¡No, no, no, no, no!- grité completamente fuera de mí -¡Por Dios, dime que no es cierto! ¡Dime que estoy soñando!

Ahí estaba, tan hermosa como siempre, en medio de un revoltijo de sangre y sábanas, y en medio de todo, el cuchillo que estaba buscando.

-¿Por qué? ¿Por qué, Dios? ¿Por qué? ¡Nunca debí salir! ¡Nunca debí volver! ¿Por qué a mí? ¡Ojalá no hubiera salido nunca! ¡Ojalá hubiera muerto a manos de Rodas!

Me quedé gritando y llorando como el loco que era encima del cuerpo inerte de mi esposa. El infierno acababa de desatarse sobre mí y me estaba quemando hasta las entrañas. Esto no tenía que haber pasado. Nunca dejé el tratamiento, hice todo lo que los doctores me dijeron que hiciera. Las alucinaciones habían desaparecido. Ya no había vuelto a escuchar ninguna voz ni a tener ninguna pesadilla. Nada de esto tenía sentido. ¡Nada!

Estuve toda la noche aferrado al cadáver. Al amanecer, finalmente lo solté y me puse de pie delante de él.

-¡Perdóname, linda! ¡Perdóname! Todo esto es mi culpa.

Aun llorando, tomé el cuchillo.

-Pero voy a arreglarlo. Me voy a asegurar de no lastimar nunca a nadie más.

Y fue así como, con un movimiento rápido hacia mi pecho, acabé con mi historia, con mi locura y

con mi miseria.

## EPÍLOGO

La policía encontró los cuerpos unos días después, gracias al reporte de un vecino que no había visto salir a la pareja en un buen tiempo y que notó un olor nauseabundo en el aire. Al oír la noticia, mi padre enfermó de tristeza y murió unos meses después.

El doctor Félix se enteró de lo que había sucedido. La culpa lo carcomía día y noche. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta? Era un final horrible para esa joven pareja, y todo era por culpa de su torpeza. Terminó renunciando a su trabajo en el hospital y se retiró a una villa en la playa.

El doctor Gaspar también se enteró de la noticia y se encargó personalmente de que toda mi familia fuera enterrada junta.

El padre de mi pobre esposa, ya enfermo, murió de la pena al saber lo sucedido. Su madre vivió todavía muchos años más en soledad.

La gente en mi trabajo y mis demás amigos y conocidos se escandalizaron horriblemente al enterarse de la trágica historia. Los rumores sobre mí corrieron como el viento y pocos días después circulaban todo tipo de historias escalofriantes, todas falsas.

Esta es la historia de mi tragedia. Una tragedia terrible, que no fue culpa de nadie más que de la locura, y que, tan solo unos meses después de suceder, ya a nadie importaba más que cualquier otro chisme.

El mundo entero, como siempre, continuó su camino con indiferencia, como si nunca hubiéramos existido.